CUADERNOS historia 16

Los vikingos

J. Mínguez, D. Wilson, J. Sheppard y J. L. Martín

246



De Escandinavia salieron, antes del comienzo de la Era Cristiana, los pueblos germánicos que en el siglo V ocuparon el Imperio Romano de Occidente, y de Escandinavia saldrían, ocho siglos más tarde, nuevas oleadas de piratas (vikingos) que contribuyeron a destruir el Imperio Carolingio y modificaron el mapa político de Europa con la creación de un ducado semiindependiente en Normandía (siglo X) y de los reinos normandos del sur de Italia y de Inglaterra (siglo XI). Mientras los vikingos de Dinamarca y Noruega se extienden por Occidente, los varegos de Suecia entran en contacto, a través de las estepas rusas, con el Imperio Bizantino y con el Califacto islámico de Bagdad, y contribuyen a la creación de ciudades como Novgorod o del Principado de Kiev (siglo IX).

Vikingos y varegos viven ante todo de la guerra, del botín y del saqueo, pero entre sus actividades figura también el comercio, y al estudio de estas actividades militares, políticas y comerciales se dedican las páginas que siguen, completadas con un breve estudio sobre la presencia de los normandos en la Península Ibérica y sobre las consecuencias directas e indirectas de sus ataques. Los estudios podrían haberse multiplicado sin esfuerzo, pero en esta primera visión del mundo normando nos ha parecido conveniente limitarnos a llamar la atención sobre las características generales de su expansión y a dar a conocer aspectos hasta ahora ignorados del gran público.

Lectulandia

AA. VV.

Los vikingos

Cuadernos Historia 16 - 246

ePub r1.0
Titivillus 20.12.17

Título original: *Los vikingos*
AA. VV., 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Colgante vikingo procedente de Hagebyhöga
(Museo Arqueológico Nacional, Estocolmo).

Indice

LOS ADORADORES DEL FUEGO EN LA PENÍNSULA

Por José Luis Martin
Catedrático de Historia Medieval.
Universidad Nacional a Distancia.

Los hombres del Norte invaden el Imperio

José María Minguez
Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Salamanca

EN torno al año 800 aparecen en el horizonte del Imperio Carolingio las primeras manifestaciones de un gran movimiento convergente de pueblos —escandinavos, húngaros, musulmanes— que provocarán importantes transformaciones, tanto de orden político como de orden económico y social.

Lo que normalmente se conoce como invasiones vikingas esconde la actividad militar, pero también comercial, de noruegos y daneses —la incidencia de los suecos en el área occidental parece escasa— en las costas inglesas y en las del Imperio Carolingio, fundamentalmente.

Los noruegos son los primeros en aparecer en el ámbito del mundo cristiano. Actúan en pequeños grupos cohesionados sobre la base de una camaradería juramentada en torno a un jefe militar. Esta estructura impone un tipo de colonización basada en pequeñas formaciones de carácter eminentemente militar.

En el siglo VIII colonizan las islas Shetland, las Oreadas y el norte de Escocia, para saltar posteriormente a las Hébridas, Man e Irlanda. La ocupación de Dublin en el año 836 y, posteriormente, de Limerick, parece que constituyeron los puntales de un gran proyecto de ocupación integral de la isla: fracasado este proyecto, los noruegos se limitaron, a partir del año 870, al mantenimiento de unas pocas bases costeras que constituyen actualmente la armadura urbana de la isla: entre ellas, Dublín gozó de una clara preeminencia.

Las empresas más septentrionales son posteriores en el tiempo y realizadas con una mayor organización; el resultado fue una verdadera colonización de las islas Färöe a principios del siglo IX y, sobre todo de Islandia, que, desde finales del siglo IX y durante el siglo X, constituyó la meta de emigración de aristócratas noruegos amenazados por la unificación monárquica que se estaba iniciando en su país; éstos hicieron de la isla no sólo un importante centro de explotación ganadera, sino también un foco refinado de cultura.

Viajeros incansables

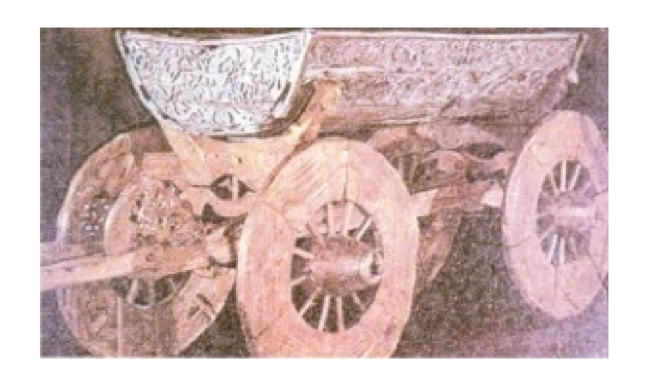
Los daneses, más en contacto con el Imperio Carolingio, tanto por la proximidad espacial como por las relaciones comerciales a través de los intermediarios frisones, actúan más organizados, a menudo bajo la dirección de un príncipe de linaje real.



Embarcaciones vikingas del siglo x *(Museo Naval, Madrid).*

La ruta principal parte de la costa occidental de la península de Jutlandia, bordea el litoral del mar del Norte para dirigirse a Inglaterra y a la costa atlántica de la Galia: a partir de aquí, y siguiendo las vías fluviales, realizarán penetraciones, a veces de enorme profundidad, en el continente. El hecho de que sigan los itinerarios de los mercaderes frisios puede interpretarse como una prueba de que estas expediciones no son brotes improvisados, sino que responden a un plan bien concebido en el cual el botín de la conquista y la obtención de tierras deben relacionarse con una importante actividad comercial.

Lucien Musset ha señalado la existencia de tres fases en la historia de los ataques y del dominio danés en el ámbito cristiano, fases que van desde las primeras expediciones de saqueo a la exigencia de tributos —el *danegeld*, impuesto a las poblaciones objeto del ataque— y al establecimiento permanente en el territorio, con la consiguiente creación de formaciones políticas estables. Estas fases, cuya aplicación no se puede realizar de una manera mecánica y rígida, responden, efectivamente, a un proceso largo que va desde el primitivo pillaje de los vikingos hasta la constitución de las monarquías normandas.



Carro hallado en Oseberg.

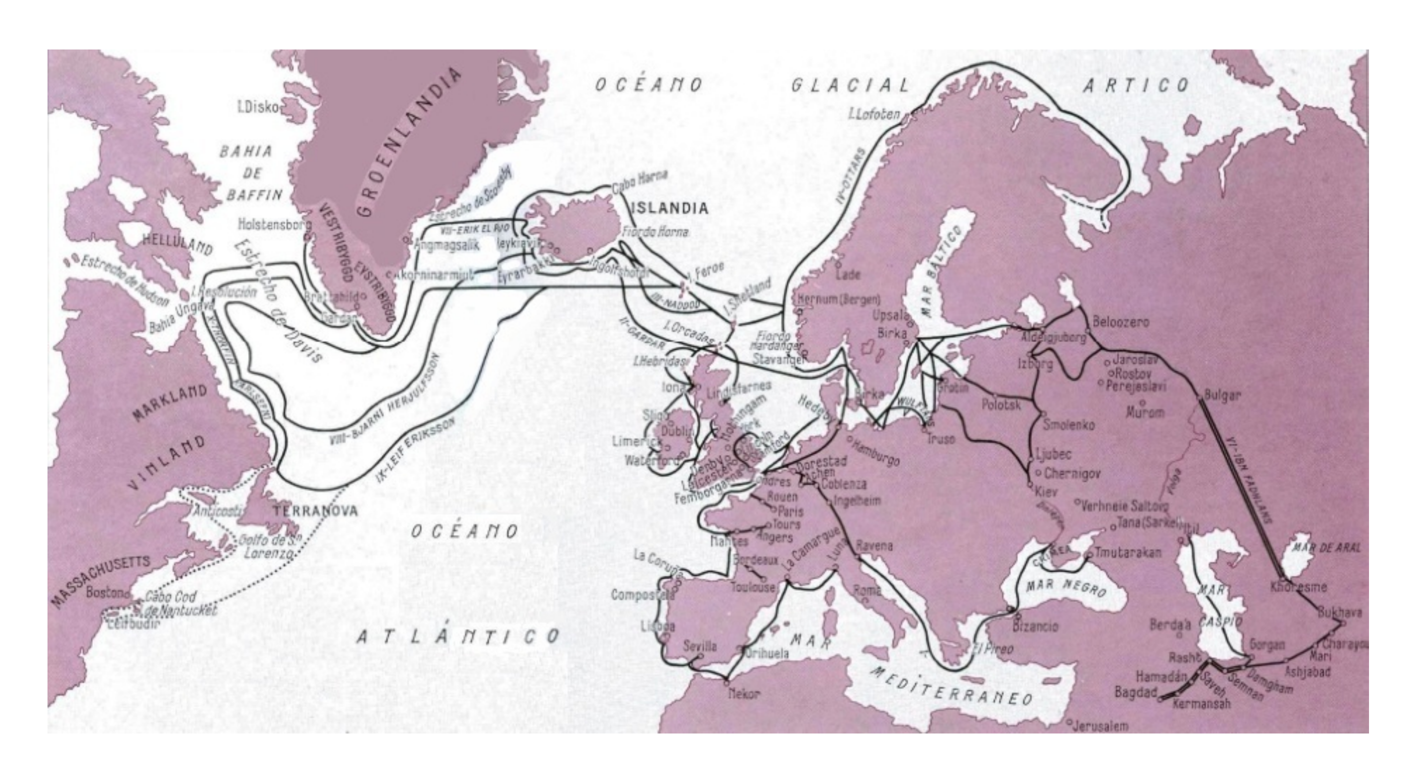


Broche vikingo (Museo de Estocolmo).



Cabeza detalle del carro de Oseberg).

En torno al año 800, y alarmados por las conquistas de Carlomagno en Sajonia, los daneses inician rápidos ataques sobre las costas de Frisia: entre el 810 y el 820 alcanzan la desembocadura del Sena y en el 834 aparecen frente a las costas inglesas: diez años más tarde remontan el Guadalquivir hasta la capital del califato y en el 859 se asientan en la Camarga y saquean Pisa y Fiésole. Pero el más importante núcleo de acción se sitúa en torno al canal de la Mancha y a lo largo de la costa atlántica de la Galla. El año 845 incendian París y obtienen de Carlos el Calvo un primer *danegeld* de 7.000 libras de plata a cambio de una retirada temporal: entre el 850 y el 880 establecen bases permanentes en el Rhin, en el Somme, en el Sena, en el Loira y en el Garona; estas bases les permiten penetraciones tanto más profundas cuanto mayor es la ineficacia del Imperio franco, sometido a una grave crisis social y político-militar. Penetran por el Mosa hasta Lieja; y por el Rhin hasta Estrasburgo: controlan toda la cuenca del Loira, desde Nantes hasta Orleans: el año 866 incendian París. Sus penetraciones en el interior llegan hasta Toulouse en el 862: el 876 dominan el valle del Sena: seis años más tarde atacan a Colonia y Tréveris y en el 886 devastan Borgoña ante la pasividad de Carlos el Gordo.



Expediciones vikingas, siglos VI-IX, según cartografía del Museo Histórico del Estado, Estocolmo

No obstante, a lo largo de las dos últimas décadas del siglo IX se constata un progresivo equilibrio militar. El constante aumento de los contingentes humanos de los invasores iba reduciendo la extraordinaria movilidad que había constituido la base táctica de los éxitos iniciales: obligados ahora a luchar en campo abierto, la superioridad militar de los ejércitos francos fue imponiéndose poco a poco. Indicios de este nuevo equilibrio pueden ser el fracaso normando ante París, defendido por el conde Eudo el año 885 —fracaso mitigado por la indecisión de Carlos el Gordo, que se avino a pagar el *danegeld*—, y la gran derrota que sufrieron ante Arnulfo de Carintia en Lovaina, el año 891.

El incremento del número de invasores y el nuevo equilibrio militar que se va estableciendo son factores importantes a la hora de explicar el proceso de asentamiento vikingo, que tiene como jalón importante, aunque no definitivo, el tratado de Saint-Clair-sur-Epte, concluido entre Carlos el Simple y el jefe normando Rollón, el año 911: Carlos cedía la Normandia a Rollón como feudo y éste reconocía la soberanía del rey de Francia, se comprometía a luchar contra nuevos invasores y se convertía al cristianismo. Con ello queda constituido embrionariamente el ducado de Normandia.

Inglaterra fortificada

En Inglaterra encontramos un proceso similar. Los daneses inician sus ataques el año 834; el 851 incendian Canterbury y Londres; catorce años más tarde una gran expedición desembarca en las costas orientales y, al mismo tiempo que consigue el

control militar de gran parte de Inglaterra, coloniza el Yorkshire. En Wessex, sin embargo, Alfredo el Grande imponía una serie de reformas militares —reorganización de las levas, construcción de burgos fortificados, creación de una flota de guerra— que terminarán por darle la victoria en Ethandun (878). Resultado de ella fue el tratado concluido entre Alfredo y el jefe danés Gutrund: este tratado suponía la división de Inglaterra en dos soberanías a un lado y a otro de una linea fronteriza que desde la confluencia del Támesis y el Lea seguía la antigua calzada romana de Watling Street y terminaba en Chester; al este de esta linea se extendía el *Danelaw*. Pero este territorio va a sufrir inmediatamente los embates de los reyes de Wessex, empeñados en una tarea de reconquista que será coronada en torno al 937 por el rey Atelstan. Empresa también efímera, ya que una reactivación de la ofensiva danesa, iniciada desde el exterior de la isla, restaurará, a principios del siglo XI, la soberanía escandinava por obra, sobre todo de Canuto el Grande. La crisis sucesoria que se abre a su muerte posibilita el retorno de la dinastía anglosajona hasta que en 1066 Guillermo, duque de Normandía, implante definitivamente la soberanía normanda en Inglaterra.

Por lo que al ducado de Normandía se refiere, sus implicaciones en la historia del Occidente medieval van a ser trascendentales: efectivamente, de él partirán las tropas de Guillérmo el Bastardo a la conquista de Inglaterra y los mercenarios que, tras un siglo de luchas, crearán el reino normando de Sicilia.

Perfectamente conocida en sus manifestaciones más espectaculares, la tremenda eclosión normanda plantea entre otros interrogantes el de las causas que la provocaron. La atención de los investigadores —sobre todo de los arqueólogos— se ha centrado en tres factores: la superpoblación, el empeoramiento climático y el desarrollo de las técnicas náuticas.

De los tres espacios geográficos —es prematuro hablar de naciones, que corresponden a las actuales Dinamarca, Suecia y Noruega— parece que la superpoblación afectó únicamente a esta última. Pero es dudoso que la emigración se presentase como la solución al problema cuando la intensificación de la pesca, por ejemplo, habría sido un remedio más fácil a la posible carestía de medios de subsistencia. Se constata, por otra parte, que las incursiones noruegas en Inglaterra fueron obra de pequeñísimos grupos y que no iniciaron un asentamiento estable hasta cincuenta o sesenta años después: señal de que la falta de tierras no había sido la causa desencadenante de la emigración.

En Dinamarca, más que de superpoblación habría que hablar de ligera depresión, quizá relativa y relacionada con la roturación de nuevos espacios boscosos que ya se había iniciado en el siglo VIII y que absorbería gran parte de los excedentes de mano de obra.

En cuanto al empeoramiento del clima, a juzgar por las noticias de los colonos de Islandia y Groenlandia, más que de un enfriamiento hay que hablar de una fase de calentamiento en toda la región ártica.

El desarrollo de las técnicas náuticas es incuestionable y está en estrecha relación con la geografía y con la organización de un hábitat disperso en torno a los lagos o a los fiord. El resultado de este desarrollo es un tipo de nave que conocemos gracias a los hallazgos arqueológicos: entre 20 y 25 metros de eslora por 5 de manga, de alta proa, sin puente, con un único mástil y una vela rectangular, pero también equipada con remos que permiten remontar los cursos fluviales: son naves ligeras y veloces. Pero este importante hallazgo técnico, si bien posibilita las invasiones no llega a explicarlas por si solo.

Nobles belicosos

El verdadero motor habrá que buscarlo en la estructura económica y social de estos pueblos y las transformaciones que esta estructura está experimentando. Tanto a nivel regional como local, el control económico y político lo ejercen los *jarl* y los *bôndi*, que son jefes de linajes y del territorio y que asientan su poder en las ricas explotaciones ganaderas de su propiedad. Ahora bien, parece que en esta época y en estas grandes explotaciones va adquiriendo una importancia creciente el cultivo de cereales, basado principalmente en la utilización de mano de obra esclava: la obtención de esta mano de obra seria uno de los principales objetivos de las primeras expediciones vikingas.

A esto habría que añadir la progresiva disolución de los vínculos de parentesco, que actuaban como armazón de la sociedad escandinava. Estas transformaciones comportarían la decadencia del poder de los *jarls* en cuanto jefes de linaje. A partir de ahora, la promoción social y el «status» de privilegio sólo podían obtenerse por la hazaña guerrera y por la posesión de una tierra patrimonial. Las expediciones de pillaje, seguidas de la ocupación de tierras, propiciaban la realización de ambos deseos. De hecho, parece ser que las empresas vikingas se originan en esta clase de propietarios rurales: pero aparecen no como jefes de clan, sino como 'jefes elegidos de grupos más o menos numerosos cohesionados en torno al jefe por unas obligaciones de fidelidad temporal. Estos grupos están mucho más próximos al *comitatus* germánico que a grupos estables de parentesco.

Desde estas perspectivas podríamos encontrar también la explicación del lento debilitamiento de las invasiones por dos factores clave: por una parte, el asentamiento estable de amplios grupos normandos, que se opondrían, incluso con las armas, a la llegada de nuevos invasores: y por otra, la lenta aparición de un ideal monárquico, que los conduciría a una última etapa de evolución política. En esta última etapa se insertan los efímeros intentos de construir un Imperio danés supranacional —obra de Canuto— y, sobre todo, el asentamiento vikingo en Normandía, que constituye la fase previa de dos grandes unidades políticas: la Inglaterra, de Guillermo el Conquistador, y el reino normando, de Sicilia.

La conquista de Inglaterra por Guillermo, duque de Normandía, es la resolución de una lucha plurisecular entre anglosajones y normandos. Una serie de circunstancias obraba en favor de Guillermo: entre otras, la inestabilidad política de la monarquía de Eduardo el Confesor, la amistad que unía al duque con el rey inglés, el compromiso de defender las pretensiones de Guillermo al trono inglés contraído por Haroldo, cuñado del rey de Inglaterra y el más serio aspirante al trono, y, como fundamento legal de sus pretensiones, el parentesco con el mismo Eduardo. Así pues, a la muerte de éste en 1066, Guillermo invade Inglaterra y, tras la derrota de Haroldo en Hastings, es coronado rey en Westminster.



Guillermo el Normando durante un banquete tras la conquista de Inglaterra.



Detalle de la batalla de Hastings (escenas del tapiz de Bayeux).

La organización social característica del feudalismo no era ajena a las estructuras inglesas: pero el hecho de que siglo y medio después del pacto de Saint-Clair uno de los sucesores de aquel jefe vikingo viniese a implantar en Inglaterra las instituciones políticas del feudalismo franco y a reorganizar, según este modelo, las bases económicas y sociales de la isla da una idea de la firmeza con que se habían desarrollado en el pequeño ducado de Normandia las estructuras que definían económica, social y políticamente a gran parte de la Europa occidental.



En época carolingia, las expechciones escandinavas alcanzaron toda la fachada atlántica europea, penetraron en el Mediterráneo y dominaron la mayor parte de Rusia

El envidiado Mediterráneo

Una segunda linea de expansión lleva a estos normandos al Mediterráneo. Lo más peculiar de este movimiento de expansión es que incide sobre un espacio en el que luchan y conviven tres áreas geopolíticas distintas: los musulmanes, en Sicilia: los bizantinos, señores todavía del sur de Italia, y la civilización cristiano-occidental, asentada en los ducados lombardos y en los Estados Pontificios. A estas complejas relaciones se sumaban las rivalidades internas existentes entre los Estados lombardos entre Si y con los Estados independientes de Nápoles, Amalfi y Gaeta. Al mismo tiempo, estos pequeños Estados sufren en su interior la distorsión de tendencias

contrapuestas: hacia la autonomía municipal o hacia la formación de Gobiernos oligárquicos por parte de la aristocracia militar.

En esta complicadísima red de relaciones hacen su aparición los grupos normandos: primero, como mercenarios (1016); posteriormente, y partiendo de las bases territoriales obtenidas como pago de la ayuda militar prestada, inician un movimiento de conquista y unificación que, tras las acciones de Roberto Guiscardo en el sur de Italia y de Roger I en Sicilia, culmina en 1139 con el reconocimiento de Roger II por el papa Inocencio II como rey de Sicilia y de la Italia meridional. La constitución del *regno* era el primer paso en la formación de una extensa área de influencia mediterránea que no podía existir sin suscitar hondas rivalidades entre los Estados afectados por esta política hegemónica: particularmente, Bizancio y las repúblicas marítimas italianas.

En el interior, sin embargo, consiguen los nuevos monarcas la coexistencia armónica de las tres grandes civilizaciones. Lo que no es obstáculo para que, según las tradiciones de su ducado de origen, implanten la organización social y política del feudalismo en beneficio, sobre todo, de los elementos normandos que constituían la base del dominio militar.

Estas dos grandes formaciones políticas son el resultado más espectacular y ambicioso de un proceso de maduración a todos los niveles. Pero no son el único. A través de los contactos, sangrientos en muchos casos, entre invasores e invadidos, no deja de producirse una serie de interacciones cuyo efecto será la revitalización económica de la Europa medieval y el auge económico en los siglos siguientes a las invasiones. No se puede en esta brevísima panorámica desarrollar en profundidad aspectos que revisten una enorme complejidad. Me limitaré a apuntar solamente algunos de ellos.

El rico botín de los clérigos

Uno de los objetivos preferidos del pillaje vikingo fueron los monasterios. Iglesias y palacios episcopales, ricos, sobre todo, en objetos y metales preciosos tesaurizados a lo largo de los primeros siglos medievales. Ello, unido a la exigencia de enormes sumas de moneda como *danegeld* o como rescate de cautivos, provocó el trasvase, primero, y la movilización, después, de grandes cantidades tanto de numerario como de metales preciosos a cambio de objetos diversos y, sobre todo, en la etapa de asentamiento, de tierras. Así pues, a través de los intercambios comerciales que los invasores efectuaban en las poblaciones invadidas, se operaba una lenta redistribución de bienes y de moneda que multiplicaba los instrumentos monetarios del intercambio y que iba suscitando lentamente una mayor fluidez en los mecanismos económicos.

Es cierto que los países escandinavos, por una parte, e Inglaterra y el continente,

por otra, estaban vinculados de antiguo por importantes relaciones comerciales a través de los mercaderes frisios. Pero la llegada constante de nuevos contingentes de invasores, su instalación en las zonas costeras del mar del Norte y los vínculos que siguieron manteniendo con los países de origen, produjeron una aproximación entre estas áreas geográficas que se traduce, a medio y largo plazo, en una intensificación de los vínculos comerciales.

En esta intensificación hay un elemento que va a adquirir capital importancia y cuyo desarrollo es difícil de entender, en muchos casos, al margen de las condiciones creadas en medio de la turbulencia de las invasiones: la ciudad. Algunas de ellas fueron arrasadas; pero la mayor parte, así como muchos monasterios ubicados en sus inmediaciones, se rodearon de un cinturón fortificado capaz de aguantar el embate de los vikingos. La seguridad que estos núcleos ofrecían provocó la afluencia y la concentración, en estas fortalezas, de hombres y de riquezas. Así pues, de forma similar a lo que observábamos en el comercio y en intima relación con la dinámica de aquél, las invasiones no sólo no provocaron una perdurable paralización de las actividades urbanas, sino que indirectamente las estimularon y crearon las bases del impresionante desarrollo que van a conocer a partir de las décadas finales del siglo X y durante los siglos XI y XII.

Pero la incidencia de las invasiones es mayor, si cabe, en el medio rural. El terror que precede y sigue a los ataques vikingos va a provocar una oleada de emigración campesina en perjuicio de los grandes dominios señoriales, que quedan privados de la mano de obra indispensable para el mantenimiento de la producción. El abandono del marco económico y social de la gran propiedad supone también, para el campesino dependiente, la ruptura de los vínculos con su señor y el acceso, en numerosas ocasiones, a un «status» jurídico de plena libertad. Pero aún hay más: pasado el primer asalto y cuando los señores necesitan reorganizar la producción y atraer mano de obra a sus dominios, se verán obligados a suavizar las antiguas exigencias y a disminuir las cargas que pesaban sobre los campesinos. La mejora que estas medidas suponen en la condición económica y social del campesinado dependiente se traducirá en un aumento de la producción, en un crecimiento demográfico y en una reactivación de los intercambios, todo lo cual resume el espectacular desarrollo económico y social de la Europa de los siglos XI al XIII.

York y Dublín, colonias escandinavas de Occidente

David M. Wilson
Profesor de Arqueología Medieval.
Departamento de Estudios Escandinavos.
University College. Londres

PARA para los historiadores de la época, los vikingos llegaron a Occidente a fines del siglo VIII como auténticos piratas, saqueando monasterios y sembrando espantos. Tan sombrío cuadro, obra de cronistas galos, ingleses e irlandeses, todavía influye en los historiadores actuales, aunque muchos consideren la descripción discutible por reflejar un interesado punto de vista, ya que un análisis exhaustivo de los documentos, apoyado en seria investigación arqueológica, induce a un juicio más matizado.

Las primeras incursiones vikingas, sin embargo, abonan la primitiva opinión, pues tras depredar el rico y famoso monasterio de Lindisfarne, en la costa noroeste de Inglaterra, en el 793, pequeñas bandas de guerreros recorrieron en barco, durante unos sesenta años, toda la Europa del Norte en busca de botín, asesinando a granjeros y comerciantes locales, devastando e incendiando ciudades y capturando a los jóvenes. Pero en una época caracterizada por su brutalidad no eran los escandinavos mucho más sanguinarios que la mayoría de sus contemporáneos, sino, si acaso, más activos, y, desde luego, conformes a su leyenda de pueblo pagano, iletrado y bárbaro, enemigo de la Iglesia y azote de la civilización europea.



Navegantes vikingos según el tapiz de Bayeux

De todas formas, incluso en esta fase inicial de depredaciones y violencia se advierte en los saqueadores un móvil más ambicioso que el del mero latrocinio, ya que buscaban tierra en la que asentarse y desde donde impulsar su comercio, y los testimonios arqueológicos parecen mostrar la existencia de colonias escandinavas permanentes en las islas occidentales y norteñas de Escocia en la primera mitad del siglo IX. Debió fundarse por entonces la colonia de las Islas Faröe, aunque hasta los años sesenta del siglo VIII no se iniciara la colonización de Islandia, concluida en el 930. Más pruebas relativas a la ambición económica de los vikingos pueden rastrearse en Frisia —donde su actividad no se redujo al robo— y ya para mediados del IX hay indicios que permiten suponer la utilización de algunas ciudades de esta zona como base comercial, ninguna, sin embargo, con carácter permanente en Europa occidental hasta el año 911, cuando Rollon recibió Normandía de manos de Carlos el Simple.

No obstante, en los primeros cincuenta años del siglo IX, los escandinavos se comportan con pocos escrúpulos, saquean monasterios y ciudades, expulsan a los propietarios de sus granjas y cobran esclavos. Las bandas guerreras se tornan en formidables ejércitos y Francia, Inglaterra e Irlanda son escenario de cruentas batallas. La primera mención histórica de una colonia escandinava en tierras cristianas de Occidente llevará fecha del año 876 y tendrá por sede Inglaterra: *Halfdan* —según la crónica anglosajona— *repartió la tierra de los northumbrios y ellos entonces procedieron a arar y a mantenerse así*. Esta colonia coincide casi exactamente en el tiempo con la caída del poder escandinavo en Frisia y puede

reflejar perfectamente la búsqueda nórdica de una base económica permanente en Occidente. Por supuesto, la primera colonia dependerá de la agricultura, al igual que el enclave escandinavo de Danelaw, zona de Inglaterra, al norte y al oeste de una linea entre los ríos Lee y Dee. Mas conviene subrayar que ya en el 867 un ejército vikingo conquistó la ciudad de York, afianzándose en ella gracias a la benevolencia de un monarca inglés, al que los vikingos, por otra parte, habían puesto en el trono.

Historia de York

Conocemos, por York, gran parte de las actividades económicas y políticas de los escandinavos en Occidente hasta el 954, cuando el último rey vikingo de York, Erik *Hacha Ensangrentada*, fue expulsado por los ingleses. Desde el principio de la era vikinga, y probablemente desde antes, habían mostrado interés los escandinavos por el comercio internacional y con este objeto habían creado en el transcurso del siglo IX dos importantes centros comerciales, Virka, en Suecia, y Hedeby, en el cuello de la península de Jutlandia. También montaron otros en el lado occidental de Oslofjord, por ejemplo, Kaupang, mencionado por el rey Alfred en un apéndice a su traducción de la *Historia Adversus Paganos*, de Orosio, y sede de floreciente intercambio, como han resultado las excavaciones,

Lo mismo que con la futura Liga Hanseática, lo que entonces pretendían los escandinavos con estos centros comerciales instalados en sus propias tierras era garantizarse la protección de sus intereses de Ultramar. Para ello fundaron ciudades al Oeste —como Staraia Ladoga, Novgorod y, posiblemente, Kiev— y a esta misma idea, en mi opinión, respondió la erección de York en Occidente. Esta ciudad, objeto de litigio entre dos dinastías escandinavas, fue considerada por escandinavos como su mayor centro de operaciones durante ochenta años. Pero su influencia se arrastró por más tiempo —sobre todo en la época de Canuto el Grande—, al extremo de que ninguna otra ciudad inglesa, ni siquiera las radicadas en la zona de *Cinco Villas*, logró arrebatar a los escandinavos el prestigio que York tenía.

Su importancia económica radica en la fabricación de moneda. A excepción del sur de Dinamarca, en ninguna parte del mundo escandinavo hubo moneda propia hasta los años ochenta del siglo VIII, cuando se acuñaron en Inglaterra las primeras monedas nórdicas, de Guthrum, y a partir del año 895 las de York, copia de las que circulaban en Europa occidental. Con ello, entran los escandinavos en el sistema mercantil de su tiempo y de este modo York, con su fácil acceso al mar del Norte, vía Ouse, y Humber, con su enorme territorio: el norte escandinavo de Inglaterra y con sus vínculos comerciales con Escandinavia, Inglaterra y el continente europeo, se hace rico y próspero. Prosperidad que no perderá hasta fines del siglo XI y aun entonces efímeramente.



Guerreros vikingos y escenas de lucha en la reconstrucción del casco de una tumba de Veudell, Suecia.

York era fundación romana, como pudieron comprobar los vikingos al entrar en ella, y se había convertido en ciudad regia y sede de una archidiócesis anglosajona. Los escandinavos repararon el fuerte romano y llevaron la colonia más allá de la fortaleza que la circundaba, hasta una zona situada en la orilla del río, al sudeste, por donde la actual Ousegate. En un primer momento no parece existir propósito de fortificar esta colonia extramuros: quizá se piensa que el Ouse, a un lado, y las orillas pantanosas del río Foss, al otro, han de servir de baluarte.

Industria y comercio

Los nombres de las calles de esta parte de York revelan su origen nórdico en el sufijo *gate*: Hungate, Coppergate. Ousegate, etc., y las excavaciones practicadas por los arqueólogos en esa zona pregonan la importancia industrial de esta gran ciudad: trabajos en bronce y cristal, manufactura de peines, curtidos, elaboración de productos de pescado y tallas en piedra.

Indudablemente, el desarrollo de estas actividades artístico-industriales responde a un constante ingreso de dinero procedente del comercio. Que este comercio no era simplemente de mercado local se observa no sólo en la riqueza de los materiales empleados, sino en el número de mercancías importadas del continente europeo y de la misma Escandinavia que allí se han encontrado. Hallazgos como el de balanzas para pesar monedas, prueban obviamente este tipo de comercio. No cabe descartar la hipótesis de que gran parte del comercio en York haya versado sobre mercancías poco duraderas, como pieles, tela, esclavos y miel y los hallazgos del siglo X remiten a un gusto típicamente escandinavo que sólo con considerable riqueza podía sostenerse.

En ningún otro sitio de la Europa occidental de entonces controlaron los escandinavos base comercial de semejante importancia. Pero los días de York como emporio del tráfico de mercancías vikingo-occidental estaban contados. Los ingleses —que tampoco eran malos comerciantes— no podían tolerar esta presencia intrusa y así comenzaron las trabas a los comerciantes nórdicos tras la expulsión de Erik *Hacha Ensangrentada*. Simultáneamente, nuevos horizontes se abrían a los escandinavos en el Atlántico Norte, con interesantes perspectivas de abundantes materias primas en las regiones árticas. De este modo, ante la progresiva importancia de la ruta del Norte, York iba cediendo en relevancia hasta acabar siendo sustituida por otra ciudad, Dublín, que también habían fundado los vikingos.

La actividad vikinga en el mar de Irlanda, al igual que en el oeste de Inglaterra, había comenzado en el siglo IX y con las mismas características: rápidas incursiones con móviles de robo. En ese siglo se intentó levantar fortificaciones e incluso quizá fundar colonias y, aunque se discuta el carácter de estas primeras fortalezas en Annagassan y Dublin, lo que no admite polémica es la huella de una presencia escandinava permanente en Irlanda a partir de los años cuarenta del siglo VIII. Estos escandinavos no tardaron en comportarse como irlandeses, fundando colonias menores del tipo de los puertos de Waterford, Limerick, Cork, Wexford, Saint Mulfins y Yoghal, fuente rentable de esclavos y otros objetos de comercio durante cien años al menos. Luego, al tiempo que crecía su poder, se enalteció la importancia de Dublín e incluso en un corto periodo de tiempo la dinastía nórdica pretendió controlar York. El saqueo de Dublín en el año 944, obra de CongalachmacMáel Mithing, rey de Tara, supuso la desaparición de esta ciudad como base militar y su potenciación como centro económico en Occidente.

Irlanda no fue colonizada por los escandinavos de igual manera que Danelaw. La penetración vikinga en Irlanda se hizo mediante ocupación de zonas costeras —algunas de gran tamaño—. Dublin era la más importante y limitaba al sur con Wicklow, al oeste con Lexlip y al norte con el río Delvin. Poco interesados en aquel entonces los indígenas por el comercio internacional —según los testimonios arqueológicos e históricos—, los escandinavos aprovecharon la oportunidad y Dublín desbancó a York como mercado, alrededor del siglo X.

Hay que resaltar de nuevo la importancia de la acuñación de moneda: las primeras efectuadas en Dublín corresponden a los años noventa del siglo IX y son remedos de prototipos existentes en el sudeste inglés. Excavaciones recientemente realizadas por el Museo Nacional de Irlanda han puesto de relieve la trascendencia comercial de la colonia vikinga: la ciudad estaba fortificada, las casas eran de madera construidas en exiguos solares a lo largo de calles frecuentemente pavimentadas en madera: se han encontrado pruebas de la presencia en Dublín de artesanos, herreros, carpinteros, joyeros y otros tantos industriales y además, en elocuente muestra de las vinculaciones comerciales de la ciudad, cerámica procedente del este de Inglaterra y también de Francia y Alemania.

En el siglo XI y principios del XII, la cultura dublinesa mira a Escandinavia, como se deduce del cultivo de los estilos norteños de Ringerike y Urnes y de la importación de objetos escandinavos, como vasijas de esteatita y broches. Esta influencia será predominante en Dublín hasta que los normandos se apoderen de la ciudad en los años sesenta del siglo XII.

Idealmente situada Dublín en el centro de las rutas comerciales, limitaba al norte con la riqueza del Atlántico Norte, marfiles y pieles explotados, en mayor medida que nunca hasta entonces, por los colonos escandinavos de Groenlandia e Islandia: al norte y al sur, con los tratantes de esclavos; al sur, con el comercio vinícola de Francia y Alemania y, por vía del canal de Bristol y del río Severn, con el rico corazón de Inglaterra. En la misma Irlanda había también una pródiga fuente de cueros y otras mercancías típicas de una economía de pastoreo, pero era Inglaterra, sin duda, el suministrador y el cliente de la mayoría del comercio.



Máscara de bronce de la hebilla de un cinturón (izquierda).
El rey Edgar según un miniado del siglo X (derecha, Museo Británico).

A principios del X, Irlanda había conectado con Inglaterra a lo largo de la costa norte de Gales y por los ríos Mersey, Dee y Ribble: pero con el incremento del comercio, los escandinavos traficaron con Inglaterra siguiendo el curso del río Severn: Skokholm, Caldy, Tusker, etc. Posiblemente, el ascenso del rey danés Canuto el Grande al trono de Inglaterra en 1017, con su política de aliento a las actividades mercantiles de sus compatriotas escandinavos, les concedió cierta influencia a los escandinavos de Dublín al otro lado del mar de Irlanda.

Al exponer las bases económicas de la presencia vikinga en Europa occidental, conviene advertir que los escandinavos estaban fuertemente interesados por la riqueza, sin importarles el medio de conseguirla. Y aunque el saqueo de monasterios remitiera en beneficio del comercio como fuente de aprovisionamiento primordial, nunca olvidaron los escandinavos las ventajas de la rapiña, según se demuestra en los ataques daneses de fines del X y comienzos del XI. Las veinticuatro mil libras esterlinas pagadas en concepto de *danegeld* por los ingleses en el año 1002, ilustra perfectamente lo que decimos. Al igual que otras aventuras políticas y coloniales, las raíces de la actividad vikinga estaban firmemente hundidas en la búsqueda de riqueza rápida.



Inicial miniada en un códice irlandés del siglo VII (izquierda).
Eduardo el Confesor (detalle del tapiz de Bayeux, derecha).

Del Volga al Dnieper

El patrón de la primitiva historia rusa

Jonathan Sheppard
Selwyn College, Cambridge University

«El gélido gigante, como águila insolente, planeta oscureciendo la luna refulgente y actúa sobre el tiempo cual labrador paciente».

ESTA leyenda escandinava, inscrita en un arco del siglo IX en Staraia Ladoga, posee esa mezcla de oscuridad y lucidez típica de la primitiva historia rusa. La fuente más antigua de que disponemos para comprenderla, la *Crónica Rusa Primaria*, no adopta su actúa: forma hasta el siglo XII y sus autores demuestran que apenas conocen los orígenes de su propio país. El problema reside entonces en desentrañar —con unas fuentes confusas y deformadoras— el rico y complejo proceso histÓrico de los siglos VIII, IX y X, en el que diversos fenómenos habrán de sucederse en las distintas partes del vasto territorio limitado por el Báltico y el Caspio, el Volga y el mar Negro, y cuya extensión es equiparable a la de Europa central y occidental. Hoy la Arqueología contribuye en gran medida a explicarnos cómo eran los heterogéneos pueblos que habitaban la zona y gracias a ella sabemos que no constituían mayoría los numerosos eslavos afincados en la región de la *estepa-bosque* y en la cuenca del Dnieper, pues compartían el espacio con los bálticos del Dnieper Superior y con los finlandeses de más al norte.

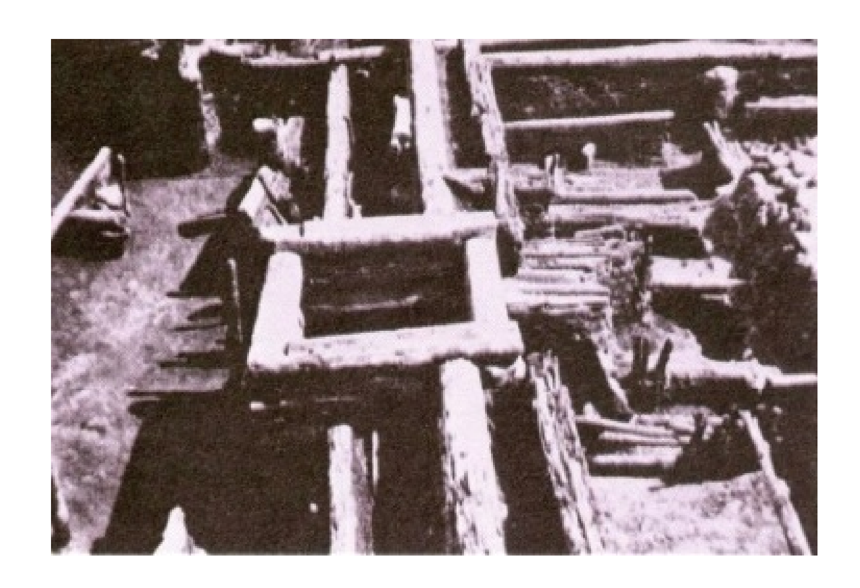
A fines de los siglos VIII y IX, la situación están inestable como vista desde un calidoscopio por más que se adviertan dos constantes: que los eslavos se extienden desde el Dnieper Superior hacia el norte y el este y que empiezan a construir colonias en promontorios o *capas* sobre los valles fluviales, y no tanto con un elemental sentido de protección, sino por el afán de erigirse en sociedad organizada a las órdenes de un jefe.



Trineo vikingo.



Espada escandinava (cementerio de Gnezdovo).



Excavación de Staraia Ladoga, norte de Rusia, fundación escandinava, siglo IX



Colgantes nórdicos hallados en Voronetz

Con frecuencia, estas colonias formadas sobre un clan o *familia extensa* se agrupan, practican el comercio a lo largo de las vías fluviales y proyectan la creación de más amplias estructuras políticas. Kiev surge de uno de estos grupos de pequeñas colonias y a la gente de su vecindad se la conoce por *Polyane*. La *Crónica Primaria* nos transmite nombres de algunos de estos núcleos, como los Krivichi, los Radimichi y los Derevlyans, éstos, al parecer, prósperos y con una excelente organización, ya que, según refleja la *Crónica*, se niegan a pagar tributo a los escandinavos de Kiev hacia mediados del siglo X.

Los escandinavos

Al principio eran los escandinavos un pueblo más de aquel conglomerado étnico. Se trataba de un conjunto de colonos, oriundos en su mayoría de Suecia y asentados en las orillas orientales del Báltico, en el golfo de Riga, en los cauces de los ríos del este del golfo de Finlandia y, sobre todo, en Staraia Ladoga, la *Aldeigjuborg* de las antiguas sagas nórdicas, que se alzaba sobre un montecillo próximo al río Volkhov,

justo al sur del lago Ladoga, a unas 70 millas al este de la Leningrado actual.

De acuerdo con las excavaciones recientes habitaban Staraia Ladoga, entregados al comercio a pequeña escala, finlandeses y escandinavos, si bien muchos de éstos, de categoría social elevada, pero sin llegar a clase dirigente, vivían de la caza, de la pesca o de labrar la tierra en el sur y el oeste del Ladoga.

Un cambio en el que posiblemente confluyen la *Era Vikinga* de Escandinavia y el auge del califato abasida se produce hacia el 800 d. C., cuando los escandinavos se aprestan a la búsqueda de mercados y el río Volga se transforma en ruta comercial internacionalmente famosa. Alrededor de esa fecha, pues, llega de Suecia un aluvión de aventureros disconformes con la vida relativamente modesta de los anteriores colonos escandinavos. Ávidos de riquezas —sus parientes daneses y noruegos dominaban los mares y tenían a su alcance ricas ciudades y pudientes monasterios—, estos suecos debían resignarse a brujulear por zonas fluviales, transportando, a menudo, los barcos sobre sus hombros, lo que entorpecía y varaba sus movimientos, dificultando los ataques por sorpresa y los eventuales saqueos.



Hacha de guerra vikinga con empuñadura de plata (siglo VIII, Museo Nacional de Copenhague).

Carecían, evidentemente, de las expectativas acariciadas por los piratas daneses y noruegos, y siendo, quizá, militarmente superiores a bálticos, finlandeses y eslavos sólo obtenían fruto de sus acometidas si se apoderaban de grandes cantidades de

metales preciosos y de otros objetos de valor en Europa occidental. No resulta extraño, por tanto, que en el siglo IX los escandinavos se dirigieran al Oriente y sus parientes nórdicos a Occidente, ya que los móviles de cada uno diferían.

Para los orientales, el comercio era más lucrativo que el robo como forma continuada de actividad: la recolección de madera y la venta de pieles en lejanos mercados solía rendirles provecho. Parte de su ganancia procedía también del gravamen reclamado a finlandeses, eslavos y fínicos del norte del golfo de Finlandia, algunos de los cuales, a veces, eran hechos prisioneros y engrosaban el mercado de esclavos. Probablemente todo este tráfico, incluso el de seres humanos, contó con el apoyo de la población indígena. Resultado de estas transacciones —pues los escandinavos compraban o trocaban lo que se les ofrecía— es la abundancia de monedas árabes de plata halladas entre los tributarios del Volga.

Los kázaros

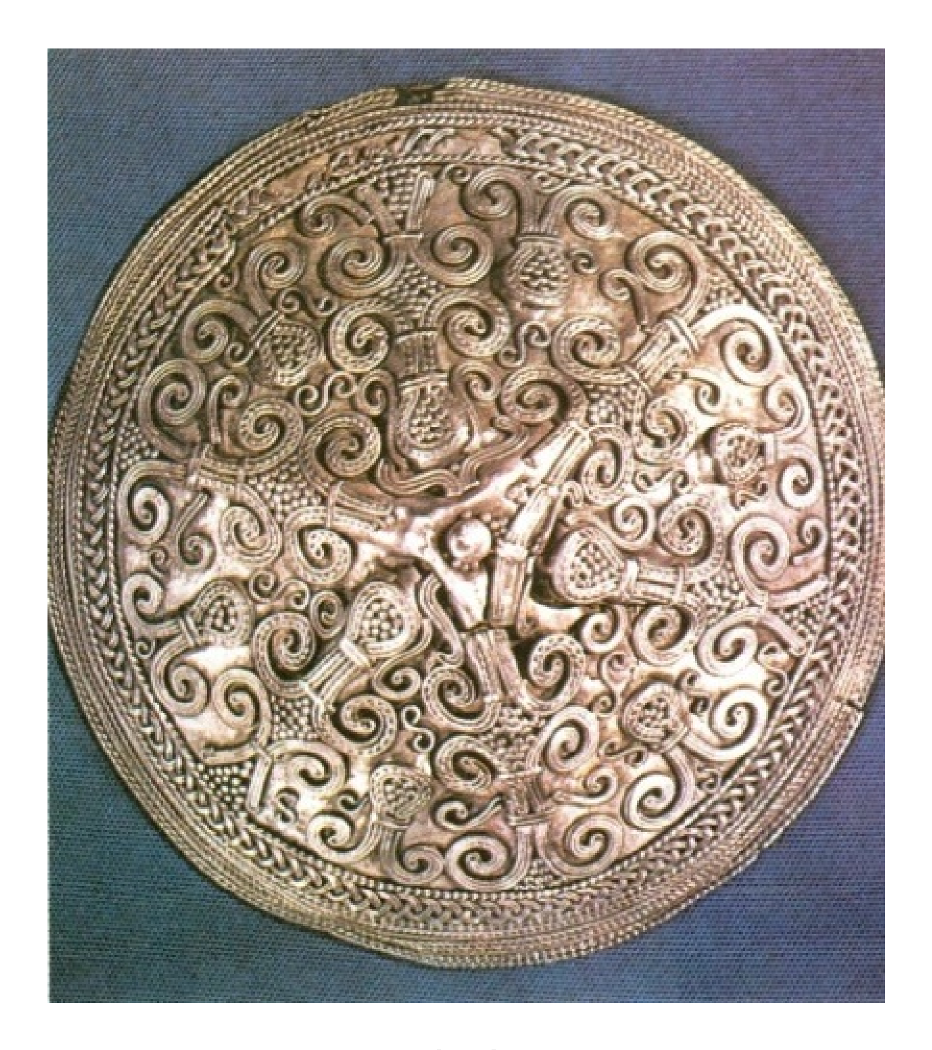
La expansión escandinava hacia el este a principios del IX, estimuló el comercio en los ríos del nordeste de Rusia y posiblemente se fundaran entonces colonias permanentes en el Volga superior, en los distritos de Yaroslav y Vladrnir, cuyo paisaje recuerda al de Suecia central, pero todo esto no habría adquirido relevancia de no haber coincidido con el apogeo del califato abasida.



Fíbula de bronce dorada del siglo VII
(Museo Nacional de Estocolmo).

En los cien años subsiguientes a la muerte de Mahoma, los árabes trataron de avasallar a sus vecinos, mas al intentar hacerlo al norte del Cáucaso, en la actual Rusia sur, tropezaron con la obstinada resistencia de los kázaros, un pueblo asentado en el bajo Volga y con ramificaciones por el sur de Rusia y Crimea. En la primera mitad del siglo VIII. los kázaros rechazaron sucesivas invasiones árabes y, en ocasiones, se lanzaron al ataque, penetrando hasta muy al sur del Cáucaso.

Con el afianzamiento de la dinastía abásida después del 750 y la conversión del Imperio árabe en una burocracia relativamente pacífica y recaudadora de impuestos desde su sede central de Bagdad, la ofensiva contra Kazaria remitió y el centro de gravedad del califato se desplazó al este, hacia las tierras situadas al sur y sureste del mar Caspio. El comercio a través del Caspio y con Kazaria nunca había desaparecido del todo, pero en las nuevas y ventajosas condiciones floreció en extremo y se benefició de la emisión de moneda que realizaban los abasidas y sus gobernadores. En las ciudades del califato creció la demanda de productos del norte, como cera, miel, ámbar, corteza de abedul, marfil de morsa y, principalmente, pieles, que, aparte de adornar, abrigaban —y no debe olvidarse que Bagdad, en pleno invierno, registra temperaturas muy crudas.



Broche vikingo
(Museo Nacional de Estocolmo).

Los kázaros cooperaban con el califato recaudando el tributo de los pueblos eslavos y de los búlgaros del Volga, pero también practicaban el comercio, al igual que sus correligionarios, los judíos de Rädhän, una región al este de Bagdad. El camino quedaba abierto, sin embargo, para aquel pueblo enérgico y emprendedor que supiera organizar el abastecimiento a gran escala del norte, papel que desempeñarían los escandinavos, que frente a unos búlgaros políticamente unidos y militarmente formidables y frente a unos kázaros aún más sólidos, lograron reafirmar su habitual patrón de conducta en vez de crear uno nuevo, viajando así como comerciantes, en núcleos reducidos, y no como las bandas guerreras de los vikingos, en enormes flotillas arma das.

Por el Volga

Aproximadamente en las primeras décadas del siglo IX, los escandinavos se fijan en esta ruta y, sin abandonar sus contactos con Staraia Ladoga y el mundo báltico, observan atentamente la creciente demanda de artículos árabes de lujo y de dirhems de plata —usados también como adorno— en sus tierras de origen. La ruta serpentea

desde la región media del Volga hasta el río Lovat, por las orillas sudeñas del golfo de Finlandia o del Ovina occidental hasta la región del lago Mälar, en Suecia central.

La conexión de los aventureros escandinavos con el próspero califato convertirá el Volga en floreciente ruta comercial. Algunos escandinavos viajarán Volga abajo, seguirán por vía marítima hasta la orilla sur del Caspio y transportarán su mercancía a lomos de camello y a través de cientos de kilómetros hasta la misma Bagdad, en la creencia de que se adelantan a sus competidores y abaratan costos por haber suprimido a los intermediarios, que encarecen los precios. Otros se instalarán en Itil, capital de los kázaros, actuando al servicio del rey de éstos, el *Khagan*, bien como comerciantes o como guerreros, según lo prueban los adornos de plata hallados en tumbas del siglo IX en Birka, ciudad de una isla del lago Mälär. Otros, por último, solamente llegarán hasta las tierras de los búlgaros del Volga y tras venderles la mercancía regresarán a casa.

Un diplomático árabe que visitó la capital búlgara en el verano del 922 nos ha dejado una vivida descripción de este ambiente: hombres y mujeres navegan Volga abajo y levantan cabañas provisionales a la vera del río. Los hombres *son como palmeras* (de altos) *y tienen el pelo rubio* y las mujeres resultan extraordinariamente atractivas. Dirigiéndose a sus ídolos antropomórficos, les rezan del modo siguiente: *Señor, vengo de lejanas tierras y traigo conmigo esclavas, esclavos, pieles de marta, cueros…, por, ello te ruego me concedas un comerciante con muchos dinares y dirhems, que me compre lo que yo quiera y no me lleve la contraria*.

Uno de los jefes escandinavos falleció cuando Ibn Fadlan. el diplomático árabe, les visitaba, lo que aprovecha para contarnos el ritual fúnebre. Al muerto, vestido con brocado y telas preciosas, se le deposita en un barco repleto de alimentos: vino, fruta, pan y vacas recién matadas. La esclava favorita del difunto también es llevada a bordo y una vieja que atiende por el nombre de *Ángel de la Muerte* le proporciona un brebaje narcotizante tras el cual, y en medio de un entrechocar de escudos, dos hombres agarran a la joven, ciñen su cuello con una soga y tiran de ésta, provocando la muerte por asfixia de la infortunada que simultáneamente recibe varias puñaladas del *Ángel de la Muerte*. Después, el pariente más próximo al difunto, prende fuego al barco y cuando queda reducido a pavesas se amontona tierra sobre la pira humeante y se clava en ella un poste de madera con una inscripción. *Entierros en barco* similares han sido excavados en Gnezdovo, cerca de Smolensk, y en la misma Escandinavia, sobre todo en Suecia.

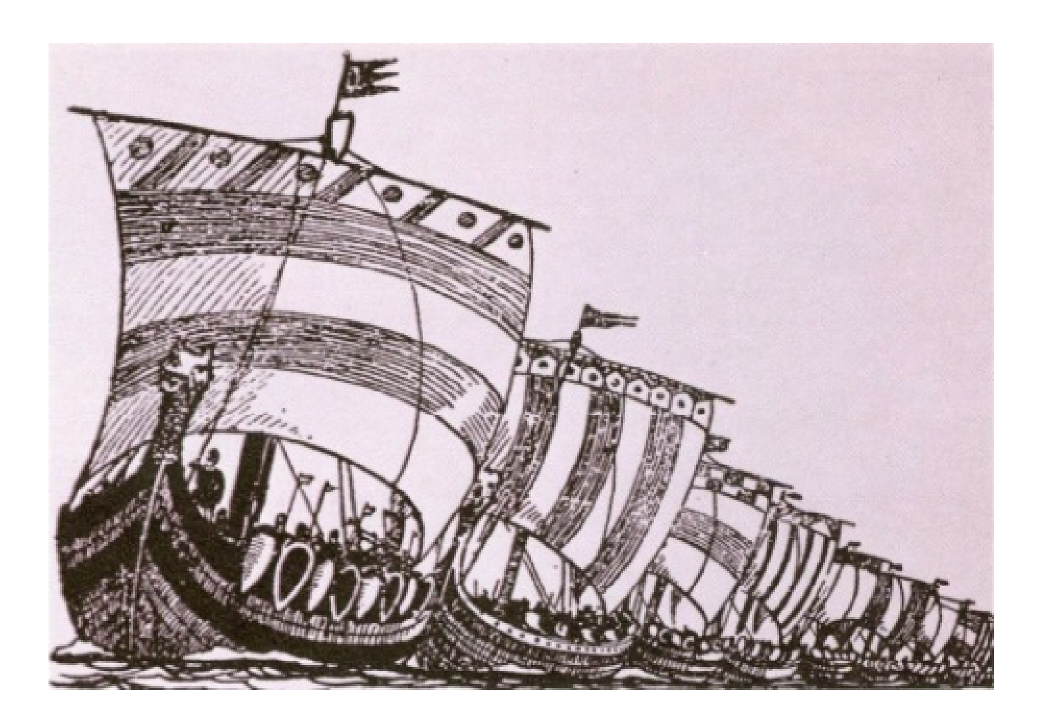
Las monedas árabes encontradas en tesoros y en la cuenca del Volga empezaron a utilizarse a principios del IX. Los escandinavos, por otra parte, no tardaron en hallar otras rutas hacia el sur y navegar Dnieper abajo, rumbo a la ciudad de las altas torres, los tejados de cobre de Bizancio, al tiempo que impulsaban la ruta del Volga. Bizancio reunía tantos atractivos como el califato y estaba más cerca que Bagdad. El profesor C. Mango, de Oxford, ha sugerido que el nombre de un importante prelado de principios del IX, Inger, es seguramente de origen nortegermánico, de lo que se

deduce que a comienzos del ochocientos ya visitaban Bizancio los escandinavos. Aún más, sabemos que sobre el año 838 llegó a Bizancio un grupo que decía pertenecer a *la nación de los Rhôs* y que, recibido por el emperador, manifestó su deseo de no regresar a su tierra por los riesgos que habían corrido durante el camino. Entonces, el emperador bizantino les remitió al de Occidente, Luis el Piadoso, para que les ayudase a volver a su tierra, y cuando los funcionarios de Luis interrogaron a estos Rhôs, descubrieron que pertenecían a *la nación sueca*.

Los Rus

Este incidente, registrado en los anales reales francos en el año 839, demuestra, en primer lugar, que esta gente de origen sueco que se autodenominaba Rhôs, adoptaba un nombre grecobizantino equivalente al de los Rhus de las fuentes eslavas y al de Rus de fuentes árabes, como Ibn Fadlan. El testimonio de los anales francos enlaza, por tanto, con el de los primeros códigos suecos que se conservan, correspondientes al siglo XIII, y que aluden a una parte de Suecia central, situada frente a las islas Asland, con la expresión *el país de los Rodhs* o *los Rodhen*.

En segundo lugar, el grupo de Rus (término con el que designaremos en adelante a los escandinavos que vivían al este del golfo de Riga y el golfo de Finlandia), manifestó, según los anales, que su rey se llamaba *Khagan*, titulo de origen turco, usado por los jefes rusos hasta mediados del XI y también por el jefe de los kázaros, de quien indudablemente lo tomaron los Rus. Para algunos investigadores, esta manifestación de los Rus hacia referencia al *khagan* de los kázaros y no a un dirigente suyo y que en nombre de aquél habían ido a Bizancio. Esto, sin embargo, no puede ser cierto porque los dominios kázaros se extendían hasta el mar de Azov, y caso de ser hostihzados por nómadas, los kázaros no eran tan débiles como para no garantizar la seguridad de los viajeros entre Bizancio y Kazaria. Así que los Rus debían tener un *khagan* propio que residía en otro lugar, Novgorod o Staraia Ladoga, posiblemente.



Línea de revista de la escuadra de Sigurd I de Noruega en el puerto de Bizancio en honor de Alexis, emperador de Bizancio.

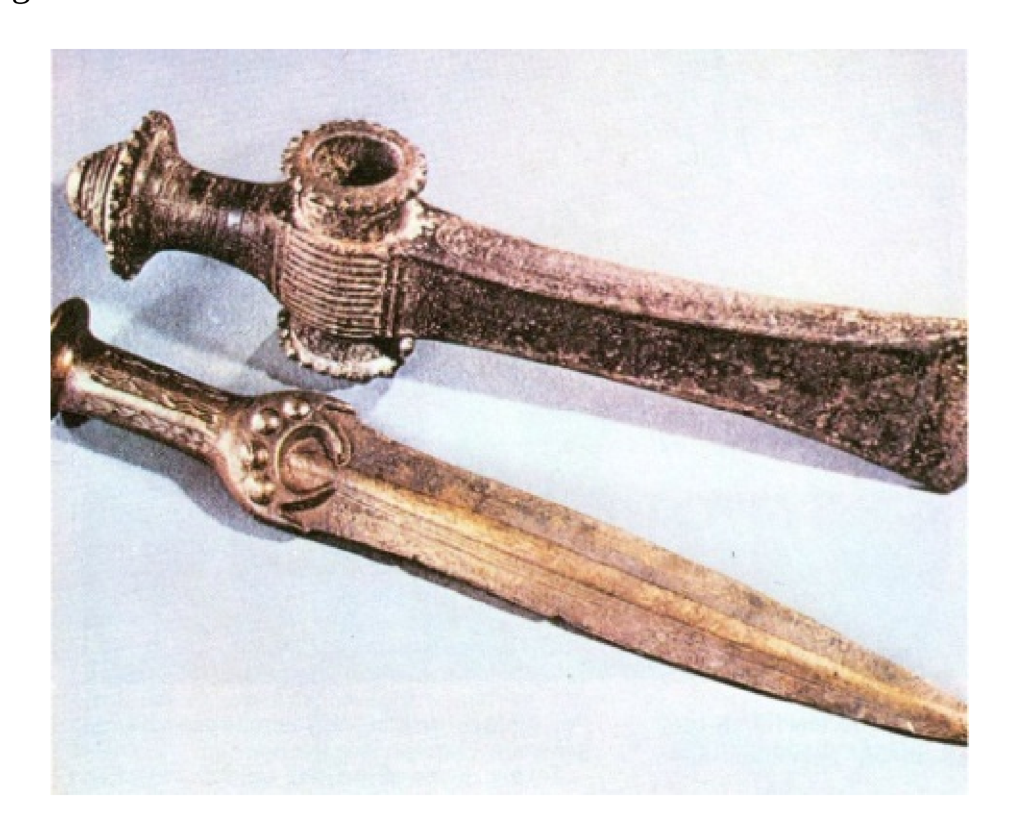
En tercer lugar, si el grupo de Rus esperaba volver a sus tierras por Europa occidental, tras haber llegado a Bizancio por otra ruta, esta ruta era, con toda probabilidad, el Dnieper, ruta infectada —según el testimonio de estos viajeros— por «pueblos bárbaros y sumamente feroces». Esto explica por qué la ruta del Dnieper fue menos aprovechada que las del Volga o el Don, pues siendo más corta era más peligrosa. También cabe suponer, por otra parte, que hacia el 838 los Rus llevaban ya tiempo en contacto con los kázaros y estaban influidos por su cultura, como se desprende del título *khagan* que tomaba su jefe.

Dominio del Dnieper

Gracias a los anales francos sabemos, por consiguiente, que la ruta del Dnieper al sur no era usada con regularidad por muy concretas razones a las que podemos añadir otra: aunque la zona esteparia era tierra de magiares y pechenegos, la parte oriental del Dnieper y los eslavos afincados en su parte media dependían teóricamente de la soberanía kázara, que si bien no podía garantizar completamente el orden en esa zona, al menos estaba en su mano impedir el tránsito comercial por el norte, Dnieper abajo, hasta el mar Negro, ante el riesgo de que un uso creciente de la ruta del Dnieper aminorase el comercio por la ruta del VoIga, donde se encontraba Itil, la próspera capital kázara.

En algún momento del siglo IX, los Rus escandinavos se desembarazan del poderío kázaro sobre el territorio del Dnieper medio y someten sus ciudades, de las que Kiev era la más importante. Por una confusa alusión a este episodio en la

Crónica Rusa Primaria, suponemos que esto debió ocurrir en el año 862. Algunos investigadores, partiendo del dato de que en el 860 los Rus atacaron desde el Norte a Constantinopla, han inferido que ya para entonces estaban instalados los Rus en la zona media del Dnieper. Permitaseme, sin embargo, que dude de la cronología aportada por la *Crónica Rusa*, cuya engañosa correlación de fechas esconde una fundamental ignorancia: que en el 860 los Rus atacaran Bizancio no prueba necesariamente que estuvieran asentados en el curso medio del Dnieper y ello porque los vikingos solían lanzar expediciones desde bases muy distanciadas del objetivo, como hicieron al conquistar Sevilla, en el 844, partiendo, al parecer, desde Dinamarca. Las excavaciones no han rastreado objetos escandinavos o tumbas fechables en el siglo IX en Kiev, y aunque quede mucho por excavar y no sea posible emitir aún juicios definitivos, de las pruebas disponibles por el momento no se desprende que los Rus controlasen la zona media del Dnieper antes de los últimos años del siglo IX.



Hacha y puñal vikingos de los siglos VI-VII (Museo de Estocolmo).

Dos documentos incorporados al texto de la *Crónica Primaria* constituyen el más sólido testimonio de la presencia de los Rus allí y de su intenso comercio con Bizancio. Son tratados redactados por Bizancio y los dirigentes Rus en los años 907 (?) y 911 para regular el comercio, principalmente el de esclavos, quizá la más valiosa *mercancía* ofrecida por los Rus a los bizantinos.

La incesante captura de esclavos en número considerable y la masiva obtención de pieles requerían, para ser transportadas Dnieper abajo en condiciones de seguridad, una eficiente organización o, mejor aún, una auténtica estructura político-

militar, ya esbozada en el Tratado de 911, donde se menciona a príncipes.

Pero los escandinavos se caracterizaban por adaptarse en seguida a las nuevas circunstancias, por lo que no hace falta deducir de los tratados ruso-bizantinos que los Rus llevaban bastante tiempo ejerciendo de clase dominante en Kiev, Yaroslav, Chernigov y otras ciudades del Dnieper. Antes bien, con ello se demuestra la sutileza de la diplomacia bizantina que, reconociendo el hecho del avance ruso por el sur hasta la zona media del Dnieper, establecía con ellos vínculos comerciales. Pensaban sin duda que entreteniendo a los rusos en la recaudación de tributos —con la consecuencia de forzarles a reclamárselos a otros pueblos— suspenderían sus acometidas contra Bizancio.

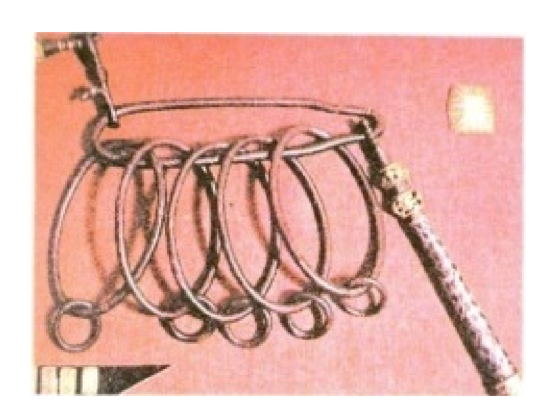
Contactos con Bizancio

Que ésos tratados propiciaron la entrada de escandinavos en el sur, se deduce de las fuentes bizantinas, árabes y eslavas. En el año 911 setecientos Rus participaron en la expedición bizantina a Creta y vale la pena subrayar que ésta —la evidencia más antigua de que muchos Rus servían en la milicia bizantina— data aproximadamente del tiempo de los tratados y no de antes. Es decir, los tratados son la causa —y no un simple efecto— del intenso contacto entre Rus y Bizancio.

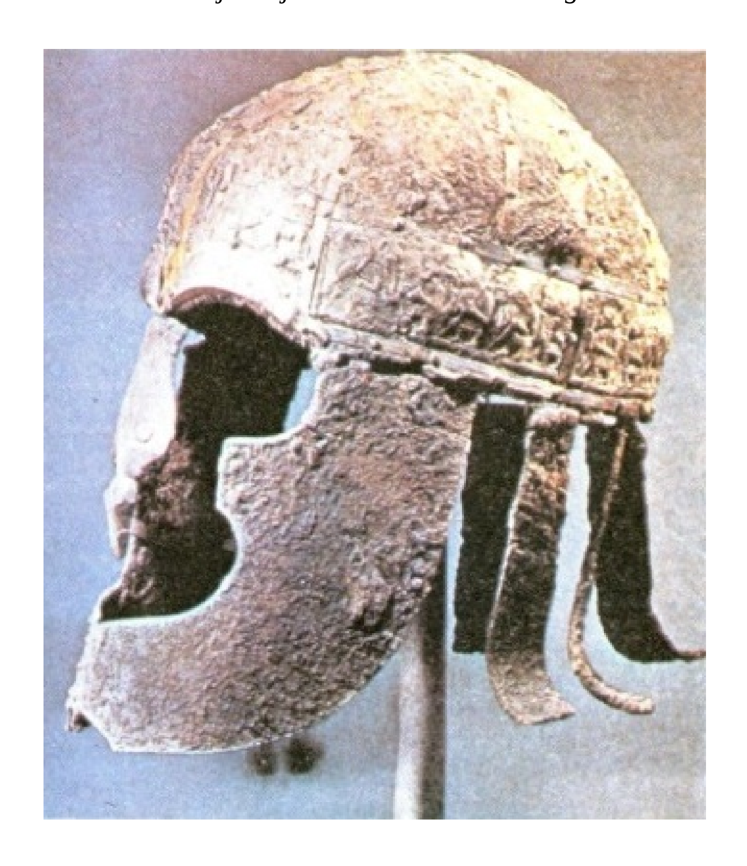
El geógrafo árabe Masudi dijo a mediados del siglo X de los Rus que *en la época actual muchos de ellos mantienen contactos con los bizantinos, al igual que los armenios y los búlgaros*. Y el emperador Constantino VII Porfirogénito formula una sucinta descripción de la flotilla comercial que cada verano zarpaba de Kiev rumbo a Bizancio: el convoy llega a *los obstáculos*, rápidos que el río forma el cortar la roca de granito —hoy el embalse de Dneprodzerzhinsky—. *Accede al primer obstáculo llamado Essoupi, que significa en ruso y eslavo «no duermas»…; en su centro, altas rocas surgen como islas contra las que el agua rompe, alzándose y chocando con el lado opuesto con gran estrépito*. Ahí desembarcaban los Rus y tanteando el terreno empujaban con pértigas sus barcos a lo largo de la orilla del río. Seis nuevos obstáculos les aguardaban río abajo, donde también cabía esperar otros peligros: ataques de los nómadas pechenegos o naufragio en el difícil mar Negro. De ahí que los Rus viajasen hacia el Sur en flotillas armadas y organizadas y de ahí que la ruta del Dnieper requiriese mayor grado de coordinación y fuerza armada que la ruta del Volga. El viaje exigía unas condiciones de pericia y valor no muy distantes de las reclamadas por las bandas piratas de Europa occidental.



Collar de oro de Färjestaden, Oland (Suecia).



Sonaja de jinete hallada en Oseberg.



Casco vikingo hallado en Vendel (Uppland, Suecia).

Los Rus avanzaban por el sur confiando obtener fama o riquezas. Su apetito de dinero resulta proverbial en los escritores árabes. Cabía esperar de los Rus que

comerciaban con Bizancio el deseo de ser retribuidos con plata, pero a juzgar por los hallazgos de monedas no se percibe dinero bizantino en la Kiev del siglo X. Quizá se fundió en lingotes o adornos, dado que no encajaba en el patrón de peso entonces vigente, que se basaba en el dirhem, o quizá los Rus prefirieron, antes que plata, otros artículos de lujo, pues restos de tejidos preciosos, sedas de Bizancio y objetos bizantinos de cristal han sido hallados en Gnezdovo, el gran cementerio próximo a Smolensk situado en la encrucijada fluvial entre el Dnieper y Novgorod al norte.

Cabe registrar además que muchas palabras del ruso antiguo relativas a perfumes, especias y frutas derivan del griego y no del árabe. En cualquier caso, aunque las monedas y objetos bizantinos fechables sean poco numerosos, su aparición en cantidades significativas comienza en el siglo X y a esta fecha corresponden también la mayor parte de los objetos clasificados como *escandinavos* en Gnezdovo y en la zona media del Dnieper.

Adaptación y cooperación

Los enterramientos de Kiev contienen armas catalogadas de *puramente escandinavas* por su tipo, o sea, espadas de doble filo, lanzas y cuchillos largos que se usaban con la mano izquierda: asimismo contienen broches escandinavos y dijes. Un examen de estas pruebas sugiere que los privilegios concedidos por los bizantinos a los Rus de la zona media del Dnieper sirvieron a éstos de estimulo para ejercer allí su autoridad.

El privilegio principal suponía la exención de derechos aduaneros, una asignación mensual durante un máximo de medio año y… ¡baños gratis! Oportunidades éstas para unos comerciantes como los Rus, que se reflejan en la riqueza de los inventarios fúnebres de la segunda mitad del siglo X en Kiev.

Indiquemos que los artículos de armamento son más frecuentes en los inventarios fúnebres de los escandinavos en Rusia que en los entierros en la misma Escandinavía. Los escandinavos, desde luego, usaban la fuerza en Rusia, pero esa fuerza no se dirigía ciegamente contra los restantes pueblos de la zona. Los escandinavos luchaban entre si a menudo para dirimir sus contiendas, como era norma entre los vikingos, pero aunque la fuerza jugase un papel primordial en las zonas de ascendiente escandinavo, no será el único ni el principal resorte de su dominio.

Desde el principio confiaron en la cooperación de otros pueblos: finlandeses y eslavos. Rápidamente aprendieron el idioma de éstos y, pese a hablar correctamente el escandinavo a mediados del X, los comerciantes que viajaban en camello a Bagdad en el siglo IX llevaban esclavos para que les sirvieran de intérpretes y los tratados de 907 (?) y 911 parecen haber sido redactados originalmente en griego y traducidos al eslavo con posterioridad de al menos una generación. Desde bastante temprano, por tanto, eran bilingües los Rus.

Gente no escandinava parece haberse unido a sus empresas y de ahí que nombres eslavos y fineses comparezcan junto a los escandinavos en los tratados. Los escandinavos sojuzgaban normalmente a tribus y otros grupos, pero también vencían a veces por asentimiento del contrario o reforzaban sus victorias aliándose con los dirigentes indígenas. La matanza realizada por los Rus entre los lideres de la terca tribu *derevlyan*, a mediados del siglo X, parece haber sido excepcional.

El término *boyardos*, eslavo de origen, en el tratado ruso-bizantino de 944, induce a sospechar que para entonces, si no antes, habían adoptado ya términos eslavos los escandinavos o estaban cooperando con dirigentes eslavos. El gran arqueólogo sueco H. Arbman resalta los escasos objetos de mujeres escandinavas hallados en los enterramientos del siglo X de cerca de Vhrnigov, la segunda ciudad de la zona media del Dnieper, relativamente alejada de Escandinavia. Tal vez los aventureros escandinavos tomaron esposas eslavas para si y algunos casaron con hijas de nobles o de jefes poderosos. Entre los nombres relevantes del tratado de 944 hay uno eslavo femenino: Peredslava, y otro masculino: Volodislav. Pocos años antes, el príncipe Igor de Kiev había dado a su hilo el nombre eslavo de Sviatoslav.

Los cambios se aceleran en la Rusia de mediados del X. El grupo dirigente que domina las vías fluviales entre el mar Negro y el golfo de Finlandia, permanece aún en estrecho contacto con el mundo escandinavo. Así seguirán las cosas por espacio de un siglo, aunque admitan ya a indígenas —en su mayoría eslavos— en sus filas.

Algunos adoptarán nombres eslavos y la mayor parte entenderá esta lengua hacia mediados del X. Sus estilos y ordenamientos empezarán a diferenciarse de los de la península escandinava porque, pese a ser muy semejantes los broches, dijes y hebillas de plata de los enterramientos de Gnezdovo y los de Escandinavia, el diseño ha sido modificado o deformado en algunos casos. Simultáneamente, caían los Rus bajo la influencia de Bizancio o de su Dios y algunos ya se habían convertido al cristianismo en el 944, caso de la princesa Olga, que lo hará en el 957.

Dejemos, sin embargo, el complicado curso de la cristiandad bizantina en Rusia para proseguir por la ruta del Volga. Será vía comercial importante hasta el tercer cuarto del siglo X, en que cesa el abastecimiento de monedas de plata del mundo árabe, sobre todo de Khorasan, al sudeste del mar Caspio. No está clara la significación del fenómeno: hasta entonces, durante siglo y medio, los escandinavos habían seguido comerciando entre el Báltico y el Caspio. Y al contrario de los que usan la ruta del Dnieper, los de la del Volga no parecen haber constituido una coherente entidad política. Es cierto que no tenían necesidad de hacerlo, porque no iban a afrontar ataques de nómadas o dificultades fluviales: mas de habérseles presentado habrían pasado apuros al estar dominado el Volga medio e inferior por búlgaros y kázaros.

No conocemos tratados escritos entre los Rus del Volga y los kázaros o los árabes, pero de haberlos no encerrarían probablemente tan generosos privilegios para los Rus como los acuerdos bizantinos. Estos, probablemente, compitieron por el comercio de

productos nórdicos con los árabes y, pese al incremento registrado en la ruta del Volga durante el siglo X, cabe resaltar que una de las ciudades mencionadas en el tratado del 907 es Rostov, en el Volga superior. Así se ve que hasta las colonias de la ruta del Volga se sentían atraídas por el comercio con Bizancio y que la organización política surgida en el Dnieper medio estaba dispuesta a resistir las amenazas de los nómadas, amenazas que tal vez suavizara la diplomacia bizantina. El futuro estaba con Kiev y su «conexión bizantina» antes que en las colonias ordenadas y momentáneamente prósperas, pero políticamente indefinidas, de la ruta del Volga.

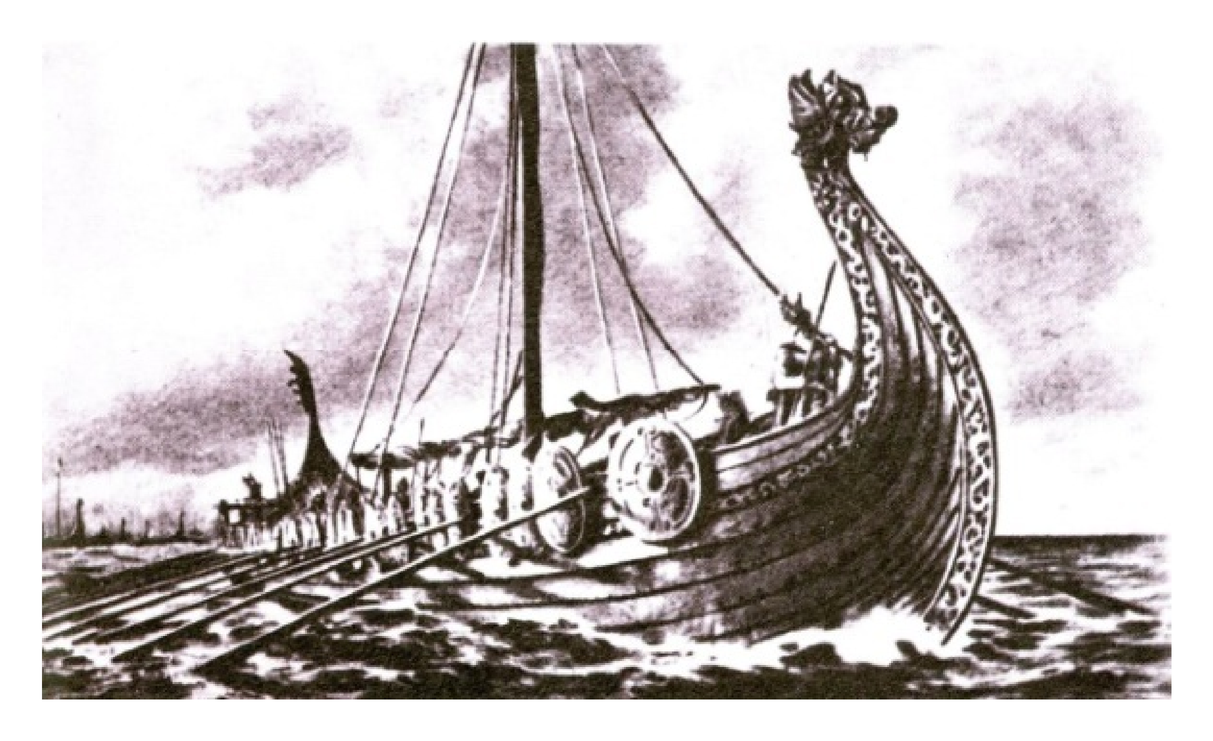
Los adoradores del fuego en la Península

José Luis Martín
Catedrático de Historia Medieval. Universidad Nacional a Distancia

En sus incursiones en busca de botín, los normandos —a quienes las fuentes musulmanas llaman «Machus»: idólatras o adoradores del fuego— no tardaron en pisar suelo peninsular, con varia fortuna. Si hiciéramos caso de la interpretación dada a alguna crónica, la fecha inicial del desembarco vikingo en la Península habría que situarla en el año 750 y su «visita» habría sido anunciada por fenómenos tan llamativos como la aparición en el cielo cordobés de tres soles precedidos por un haz de fuego, preludio de la llegada de los *angeli*, cuya presencia habría provocado un hambre insoportable en todas las tierras sometidas al dominio musulmán. Basta leer *angli* (anglos) en lugar de *angeli* (ángeles) para tener la primera descripción, falsa, de un desembarco normando en las costas peninsulares. Cuarenta años más tarde, las crónicas musulmanas sitúan a los *machus* en Asturias al servicio de Alfonso el Casto en sus luchas contra los emires Sordobeses, pero ni una ni otra noticia ofrecen confianza a los historiadores, que sitúan la primera invasión normanda en el año 844.

Las crónicas cristianas, escuetas, se limitan a declarar que el 31 de julio del año 844 llegaron los normandos a *Spania*; algunas, más explícitas, aclaran que desembarcaron en Asturias, en Gijón, y que posteriormente saquearon la aldea de Clunia, la actual Coruña, para poco más tarde ser derrotados por las tropas de Ramiro I, que prendieron fuego a cerca de sesenta barcos normandos y obligaron a los supervivientes a dirigirse hacia el Sur. La veracidad de estas informaciones sobre el triunfo cristiano aparece velada por los relatos musulmanes sobre un ataque realizado por más de cien naves normandas, veinte días más tarde, a Lisboa, desde donde siguieron su camino hasta Andalucía.

Mientras algunos grupos, poco numerosos, saqueaban Medina Sidonia y Cádiz, el grueso de la flota remontaba el Guadalquivir y se detenía en la Isla Menor, que sería su cuartel general desde el que lanzarían nuevos ataques contra Coria del Río y Sevilla, que tuvo que ser evacuada a toda prisa; quienes no pudieron huir fueron asesinados o reducidos a esclavitud, al igual que los habitantes de diversas poblaciones situadas entre Sevilla y Córdoba.



Incapaz de hacer frente con sólo las tropas cordobesas a los normandos, el emir Abd al-Rahmán II mandó llamar a las tropas que defendían las fronteras con los reinos cristianos, y con ellas obtuvo una clara victoria sobre los piratas en Tablada: el número de normandos muertos se aproximó a 20.000, según unas fuentes, exageradas sin duda, y a 1.500, según otras, igualmente exageradas, que hablan de 30 barcos normandos incendiados, a pesar de lo cual los vikingos sobrevivientes saquearon Niebla y llegaron a desembarcar en el norte de África para más tarde cruzar todo el Mediterráneo en un viaje que, al decir de los cronistas, duró catorce años, quizá por identificar a los normandos que llegaron a Andalucía en el 858 con los que habían abandonado sus costas en el 844.

Consecuencias de la invasión normanda

Importantes en si mismos, los ataques a las tierras musulmanas interesan sobre todo por sus efectos, que van desde la instalación en las proximidades de Sevilla de algunos normandos convertidos al Islam y dedicados a la cría de ganado y a la fabricación de quesos hasta la creación de una flota musulmana encargada de defender las costas y que seria la base del comercio andaluz con el norte de África, pasando por el reforzamiento de la independencia, en el valle del Ebro, del caudillo muladí Musa ibn Musa.

El aviso normando había sido serio y el emir cordobés no se limitó a dotar a Sevilla de nuevas murallas, sino que ordenó situar centinelas en toda la costa y armar una flota de guerra abastecida por numerosos astilleros y atarazanas, que servirían igualmente a la navegación comercial. La unión de los intereses militares y comerciales tiene su mejor exponente en Pechina, localidad próxima a Almería, cedida a algunos árabes que se comprometieron a residir permanentemente en el

lugar y a defender la costa de posibles ataques normandos; protegidos por esta guarnición, no tardarían en establecerse en el lugar marinos y mercaderes interesados en el comercio norteafricano. Años más tarde, Pechina se había convertido en una ciudad floreciente dotada de una industria textil importante cuyos mercaderes controlaban el comercio con el norte de África y organizaron Pechina como una ciudad-Estado o república, que se mantuvo independiente desde el año 884 hasta el 922 coincidiendo con las grandes sublevaciones muladies en al-Andalus.

Estas sublevaciones tienen su origen en la falta de coincidencia entre la doctrina islámica y la realidad de al-Andalus. El Islam afirma que todos los creyentes son iguales, y en la práctica los musulmanes procedentes de Arabia se reservaban las mejores tierras, monopolizaban los cargos importantes, obligaban a pagar impuestos ilegales a los nuevos musulmanes, a los muladies, y los relegaban a un segundo plano económico y social. El malestar muladí ante esta injusta situación se traduce en revueltas que se inician en las zonas fronterizas a comienzos del siglo IX y se extienden al territorio andaluz en el último tercio del siglo hasta poner en peligro la supervivencia del emirato cordobés, desobedecido o ignorado por sevillanos y granadinos, por emeritenses y toledanos…, y atacado por los hombres de Umar ibn Hafsun, el más conocido y célebre de los rebeldes muladies.

Pechina fue uno de los reductos independientes, y otro, no menos importante, lo hallamos en el valle del Ebro bajo la dirección de los hijos del muladí Musa ibn Musa, al que algunos autores coetáneos llaman «El Tercer Rey de España», colocándolo en plan de igualdad con el emir cordobés y con el monarca asturiano. Musa descendía de un conde visigodo, Casius, convertido al Islam en el momento de la invasión musulmana para conservar sus bienes y su posición política. Los descendientes de Casius, los banu Qasi, mantuvieron, gracias a la apostasía de su antepasado, una posición privilegiada en el valle del Ebro, pero nunca fueron aceptados como iguales por los musulmanes de origen árabe, hecho que explica las continuas revueltas contra Córdoba y el apoyo prestado por los muladies del Ebro a los pamploneses para independizarse, al mismo tiempo, de los cordobeses y de los carolingios.



Pieza del arnés de un caballo en bronce, bañado en oro, del siglo X, procedente de Jutlandia, Dinamarca (Museo Británico).



Flota de Dragos del rey Olav de Noruega, siglo X (Museo Naval, Madrid).

Musa inicia su revuelta contra Córdoba en el"842, en parte para apoyar a los pamploneses —a cuyos reyes está unido por lazos familiares— y en parte como protesta contra el mal trato recibido de los generales de Córdoba; su derrota no impidió que en el 814 fuera llamado por Abd al-Rahmán II para contener a los normandos, y el triunfo obtenido en Tablada bajo la dirección del caudillo muladí reforzó la posición de Musa, que, hasta su muerte (863), mantuvo una política oscilante entre la sumisión a Córdoba, la revuelta y el apoyo más o menos, encubierto a los reyes de Pamplona. Sus hijos mantendrán una actitud semejante y participarán de modo activo en la gran revuelta muladí del último tercio del siglo IX.

Nuevos ataques normandos

Crónicas cristianas y musulmanas coinciden en señalar un nuevo desembarco normando en el año 858, pero entre ambos ataques bien pudo tener lugar un intercambio de embajadores descrito en torma novelesca por el poeta musulmán Tamman ibn Alqama, quien imagina que el rey de los normandos envió embajadores a Córdoba para pedir la paz tras la derrota de Tablada; el embajador normando seria acompañado, a su regreso, por el poeta musulmán al-Gazal, que nos es presentado como un dechado de ingenio, de fuerza y de habilidad militar, cualidades que le atraerían la simpatía no encubierta de la reina vikinga, de cuyos labios oyó al-Gazal una de las primeras declaraciones de independencia femenina: al hacerle notar sus acompañantes cordobeses que las continuas visitas a la reina podían suscitar el odio del rey, al-Gazal espació sus visitas y terminó confesando a la reina sus temores para oír, asombrado, que *los celos no existen en nuestras costumbres. Entre nosotros, las mujeres no están con sus maridos, sino mientras que ellas lo tienen a bien, y una vez que sus maridos han dejado de agradarles, los abandonan*.

La víctima principal del ataque del 858 fue el rey de Pamplona García Iñiguez, que fue hecho prisionero y ganó su libertad tras el pago de un cuantioso rescate: rechazados en Galicia, los normandos consiguieron algunos éxitos en las costas lisboetas, fueron derrotados por la flota musulmana en aguas del Algarve y, al igual que en el 844, desembarcaron en el norte de África tras incendiar Algeciras; más tarde, saquearían las Baleares y penetrarían en tierras francesas e italianas. Nuevos desembarcos, menos importantes o menos recordados por los cronistas de la época, tuvieron lugar en las costas gallegas en los años 960, 966 y 1016, aunque en estas fechas los normandos no proceden de Escandinavia, sino de la actual Normandía.




Placas de latón con representaciones de guerreros nórdicos halladas en Oland (Museo Histórico de Estocolmo).

Las consecuencias del ataque del 858 podemos resumirlas en la ruptura de la alianza entre los pamploneses y los banu Qasi del Ebro; según Sánchez-Albornoz, la falta de ayuda de Musa a García Iñiguez con motivo del ataque normando inclinaría al rey de Pamplona a romper la tradicional amistad con los muladies del Ebro y a unirse a los asturianos; juntos, derrotarían a Musa en la batalla de Albelda (859), localidad próxima a clavijo, hecho que quizá explique las leyendas referentes a clavijo, batalla cuya victoria habría supuesto, según algunos cronistas, la supresión del *Tributo de las Cien Doncellas* que los cristianos estarían obligados a entregar anualmente a los musulmanes como prueba de su dependencia.

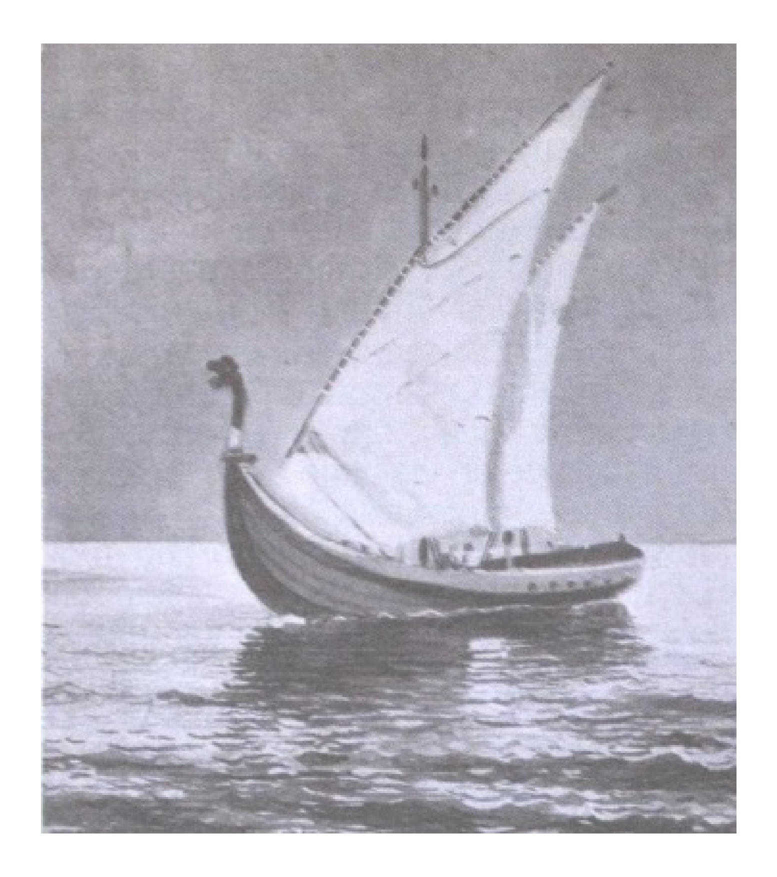
Ni se dio la batalla de clavijo ni, lógicamente, en ella combatió el apóstol Santiago al lado de los cristianos, y también carece de veracidad el *Tributo de las Cien Doncellas*, pero al igual que las demás leyendas ésta tiene una base real: la entrega o venta de mujeres cristianas a los musulmanes para conseguir la paz o confirmar las treguas. Prueba de esta realidad es la entrega, en el siglo X, de una hermana de Sancho II de Pamplona como esposa de Almanzor, quien contó entre sus mujeres a Teresa, hija de Vermudo II de León, a la que se atribuye, dirigida a quienes le pedían que fuera amable con el jefe musulmán para inclinarlo a la paz, la frase: Una nación debe confiar la guardia de su honor a las lanzas de sus guerreros y no al coño de sus mujeres.



Piedra grabada de Jelling, Dinamarca.

Bibliografía

- Andrieu-Guitrancourt, P., *Historie de l'Empire Normand et de sa Civillisation,* París, Payot, 1984.
- Aube, P., *Les Empires Normands d'Orient. XIeme-XIIIeme siècle*, París, Talandier, 1983.
- Boyer, P., *Les Vikings et leur Civilisation. Prob/éme actue/s*, París, Mouton, 1976.
- Cohat, I., *Los vikingos*, reyes de los mares, Madrid, Aguilar, 1989.
- Dozy, R., *Los vikingos en España*, Madrid, Polifemo, 1987.
- Guichard, R., *Les Vikings*, París, Picará 1972.
- Haskins, Ch., *The Normans in European History*, New York, 1959.
- Jemes, G., *El primer descubrimiento de América (establecimiento de los vikingos en Islandia, Groenlandia y América)*, Barcelona, Orbis, 1985.
- Logan, F., *The Vikings in History*, London, Hutchinson, 1983.
- Musset, L., *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana,* Barcelona, Labor, 1968.
- Norwich, J., *The Normans in the South. 1016-1130,* London, Longmans, 1967.
- Oxenstierna, E., *Los vikingos*, Barcelona, Caralt, 1966.
- Sawyer, PH., *Kings and Vikings. Scandinavia and Europe ad. 700-1000*, London, Methuem, 1982.



Reconstrucción de una nave vikinga (dibujo de La Esfera), Dinamarca

---

TEXTOS

La selección de textos ha sido realizada por Cristina Granda Gallego.

Los escandinavos en la antigüedad

LAS ciudades que los suiones (suecos) poseen a la orilla misma del oceáno no sólo tienen armas y hombres, sino flotas poderosas. La forma de sus embarcaciones se distingue en que tienen en cada extremo una proa desde la que se puede desembarcar con facilidad. No maniobran a vela, ni colocan los remos en orden por los lados: avanzan mediante remos libres como en algunos ríos, y pueden virar en cualquier dirección según las circunstancias. Entre ellos también es honrada la riqueza, por eso sólo uno ejerce el poder sin restricciones y con derecho absoluto a obediencia. Las armas no están, como en el caso de los otros germanos, a disposición de todos, sino que permanecen guardadas bajo la responsabilidad de un vigilante que es esclavo: el océano les defiende de un ataque por sorpresa del enemigo, además, las manos de los hombres ociosos fácilmente emprenden querellas y es potestad del rey excluir a los hombres libres y a los nobles de la vigilancia de las amas. Más allá de donde están los suiones hay otro mar, durmiente y casi inmóvil que rodea la Tierra; prueba de ello es el brillo de los últimos rayos del sol que permanecen hasta el amanecer tan vivos que hacen palidecer a las estrellas. Una tradición popular dice que se oye el sonido que produce el sol al salir del mar y que se ve el perfil de sus caballos con los rayos de su corona. (TACITO, *«Germania»*. Recogido por VICENTE ALMAZÁN en *«Gallaecia Scandinavica»*. Vigo, 1986).

Los vikingos según un relato épico

BJARNI era un joven muy prometedor. Desde su primera juventud había ansiado navegar a tierras extrañas; ganó para sí riquezas y buena reputación, y solía pasar un invierno fuera de su país y el siguiente en Islandia en compañía de su padre. Pronto tuvo un barco mercante propio.

Durante el último invierno que Bjarni pasó en Noruega, su padre, Herjolf, vendió su granja y emigró a Groenlandia con Eirik el Rojo (…).

(…) Eirik el Rojo vivía en Brattahlid, y todos los groenlandeses le respetaban y reconocían su autoridad. Tenía tres hijos: Leif, Thorvald y Thorstein. También tenía una hija, llamada Freydis, que estaba casada con un hombre llamado Thorvard. Vivían en Gardar, donde está hoy la sede episcopal. Freydis era una mujer altanera y dominante; su marido, por el contrario, era más bien débil; ella se había casado con él principalmente por su dinero.

Por aquel entonces Groenlandia era todavía un país pagano.

Bjarni llegó a Eyrar, en Islandia, en el verano del año en que su padre se había ido a Groenlandia. La noticia de la partida de su padre dejó anonadado a Bjarni, que se negó a que descargaran su barco. Su tripulación le preguntó qué se proponía hacer, y él contestó que pretendía mantenerse fiel a la costumbre de disfrutar de la

hospitalidad que su padre le brindaba en invierno, *por lo que deseo gobernar mi naue hasta Groenlandia, si vosotros estáis dispuestos a acompañarme*.

Todos respondieron que harían lo que él juzgara mejor. Entonces Bjarni dijo: *Este nuestro viaje será considerado temerario, porque ninguno de nosotros ha navegado jamás por el mar de Groenlandia*.

Pese a ello, se hicieron a la mar tan pronto como estuvieron preparados y navegaron durante tres días hasta que la tierra se perdió de vista debajo del horizonte.

Amainaron entonces los vientos favorables y aparecieron los vientos del norte y la bruma; durante muchos días fueron a la deriva sin saber cuál era su rumbo. Al fin volvieron a ver el sol y fueron capaces de orientarse con su ayuda; tendieron velas y al acabar el día avistaron tierra.



Escultura vikinga.

Discutieron entre ellos acerca de qué país podría ser aquél. Bjarni dijo que no pensaba que fuera Groenlandia. La tripulación le preguntó si quería desembocar allí o no. Bjarni contestó: *Por lo pronto, acerquémonos más a la costa*.

Así lo hicieron, y en seguida pudieron ver que el país no era montañoso, pero sí arbolado y con bajas colinas. Se hicieron a la mar nuevamente, dejando la tierra a babor; y después de navegar durante dos días avistaron tierra una vez más.

Los hombres de Bjarni le preguntaron si creía que aquello era ya Groenladia. Él dijo que no pensaba que lo fuera más que la vez anterior, *porque se dice que hay gigantescos glaciares en Groenlandia*.

Se aproximaron velozmente a la tierra y vieron que era llana y boscosa. Cesó

entonces el viento y toda la tripulación se manifestó a favor de desembarcar allí, pero Bjarni se opuso a ello. Argumentaron que andaban escasos de leña y agua, a lo que Bjarni repuso diciendo: *No os falta ninguna de las dos cosas*. Sus palabras merecieron la censura de sus hombres.

Les ordenó izar la vela, y así lo hicieron. Viraron y pusieron proa al mar y navegaron tres singladuras por delante de un viento del sudoeste hasta que avistaron una tercera tierra. Ésta era alta y montañosa; un glaciar la coronaba. Otra vez preguntaron a Bjarni si quería desembarcar, a lo que él replicó: *No, porque en mi opinión esta tierra no vale nada*.

Esta vez no arriaron la vela, sino que ciñeron la línea de la costa, y vieron que habían rodeado una isla.

Una vez más viraron en redondo y dejaron la tierra a popa, y penetraron el mar por delante del mismo viento favorable. Entonces se enfurecieron los vientos, y Bjarni mandó a sus hombres que apocaran la vela y que no exigieran al barco y al aparejo más de lo que podían aguantar. Navegaron así durante cuatro días, hasta que avistaron una cuarta tierra.

Los hombres preguntaron a Bjarni si creía que aquello era por fin Groenlandia.

Esto concuerda mucho más con lo que me han contado sobre Groenlandia, respondió Bjarni, *y aquí sí desembarcaremos*.

Con el crepúsculo se acercaron y tomaron tierra junto a un promontorio en el que había una barca varada. Era allí donde vivía Herjolf, el padre de Bjarni, y por ello el lugar se ha venido llamando Herjolfsnes desde entonces. (*«La Saga de los Groenlandeses»*. Siruela, Madrid, 1986).

De Haroldo, rey de los daneses, a Luis el Piadoso. Año 826

GRAN emperador, te voy a indicar, si tu alta voluntad me lo ordena, las razones que a mí y a los míos nos han traído hasta tu palacio. Fiel a las tradiciones de mis antepasados, he conformado mi actitud hasta el presente de acuerdo con Jo que mi origen me indicaba: he rendido a mis dioses y diosas el debido culto y les he dirigido mis oraciones, a fin de que pusiesen bajo su protección al reino de mis padres, a mi pueblo, sus bienes y casas, a fin de que les evitasen el hambre y las desgracias de toda especie, y nos fuesen favorables en todo. Ebon, vuestro sacerdote, vino durante algún tiempo a tierras normandas y proclamó y defendió otras verdades, sosteniendo que hay un solo Dios, creador del cielo, de la tierra, del mar, y que a Él debe ir dirigido todo honor, y que ha sacado del limo a los dos seres humanos cuya posteridad ha habitado la tierra. Este Dios supremo envió entre nosotros a su hijo, cuyo costado herido derramó una ola de sangre: todos los pecados del hombre fueron lavados y el hombre ha resucitado en el reino de los cielos… En cuanto a los dioses que nuestras manos forjaron en el metal,'vuestro sacerdote los llamó ídolos vanos y

les negó toda existencia. Es aquélla, benévolo emperador, la religión que el muy santo sacerdote Ebon dice que es la vuestra. Recibiendo mi confianza y esclarecido por sus nobles palabras, creo en el Dios verdadero y reniego de mis ídolos. He aquí por qué he venido con mis navíos a vuestro reino: para asociarme a vuestra fe.

César respondió: *Amado Haroldo, lo que pides te lo concederé, tal como lo solicitas, y doy por ello gracias a Dios…* Terminados los santos preparativos, César y Haroldo se dirigieron a la iglesia. (ERMOLD LE NOIR, «Poème sur Louis le Pieux». Recogido por ARMINDA LOZANO y EMILIO MITRE en *«Análisis y comentarios de textos históricos»*. Tomo I, Edad Antigua y Media. Alhambra, Madrid, 1979).

Los monjes de Noirmoutiers huyen de los normandos

(…) La vigilancia de las orillas del océano está abandonada; las guerras cesan en el exterior y aumentan en el interior; la cifra de navíos crece, la multitud innumerable de normandos no deja de acrecentarse; por todas partes no hay más que masacres de cristianos, pillajes, devastaciones, incendios de los que quedarán testimonios manifiestos mientras dure el mundo. Toman todas las ciudades que atraviesan sin que nadie se les resista; toman Burdeos, Périgueux, Saintes, Limoges, Angulema y Toulouse. Angers, Tours e incluso Orleans son destruidas.



Embarcación vikinga grabada en una piedra (Smiss, Gotland, Suecia).

Muchas cenizas de santos han sido robadas; así se cumple la amenaza que el Señor ha proferido por boca de su profeta: *Una plaga venida del Norte se extenderá sobre todos los habitantes de la tierra*.

Nosotros también huimos a una localidad llamada Cunault, situada en Anjou al borde del Loira, que Carlos el Glorioso, el rey más renombrado, nos había dado como refugio antes de la toma de Angers, a causa del peligro que nos amenazaba mientras tuviéramos el cuerpo de San Filiberto en el monasterio de Déas, aunque este último había sido ya incendiado por los normandos; pero la tierra de Herbauge no se resignaba a dejarse despojar de tan gran patrón mientras que una parte de los monjes pudiera todavía quedarse allí.

Unos años después, un número incalculable de navíos normandos remonta el curso del Sena. La desgracia crece en esta región. La ciudad de Rouen es invadida, saqueada, incendiada; París, Beauvais y Meaux son tomadas, la plaza fuerte de Melun, devastada; Chartres, ocupada; Evreux, saqueada, mientras Bayeux y las demás ciudades son invadidas sucesivamente. No hay localidad ni monasterio que sea respetado; todos los habitantes huyen y son raros los que se atreven a decir: *Quedaos, quedaos, resistid, luchad por vuestra tierra, por vuestros hijos, por vuestra familia*. En su letargo, en medio de sus rivalidades recíprocas, rescatan con el precio de sus tributos lo que tendrían que haber defendido con las armas en la mano, y dejan ensombrecer el reino de los cristianos.

Después, los normandos llegan a España, remontan el Ródano y devastan Italia. El año 857 de la Encarnación de Cristo había transcurrido con ese desencadenamiento general de guerras civiles y extranjeras; pero nosotros guardábamos alguna esperanza de volver a nuestra casa, esperanza que se ha demostrado ilusoria, y, mientras las peripecias de nuestra huida nos llevaban a alojamos en lugares diversos, el cuerpo de San Filiberto había sido dejado en su lugar, como acabamos de decir, porque en razón de los males que se acumulaban, no habíamos podido obtener la garantía de un asilo seguro. Como no se nos ofrecía refugio en ninguna parte, no podíamos soportar que el santo cuerpo nos siguiera continuamente en nuestros desplazamientos (…). (*«Milagros de San Filiberto»*. Recogido por DE LA RONCIERE-DELORT-ROUCHE en *«L’Europe au Moyen Age. Documents expliqués»*. Armand Colin, París, 1969, vol. I).

Un ataque normando en tiempo de Ramiro II

En el segundo aynno del su regno grandes gentes de normanos, con su princep por nombre Gundiredo, a las partidas de Gallicia, arribaron; e muytas muertes e destruymentos en los christianos ficieron; e a Sisnando, obispo de Santiago, mataron, corriendo e destruyendo toda la tierra, e plegaron al lugar clamado Meor. Et en el tercero aynno, feytas estas destrucciones, los normanos se ponían por mar de tomar a

lures tierras. Et viendo esto el conté Gozalvo Sanchez, en el nombre de Dios, e fiando de la hayuda de Sant Jayme, sdlie si podía haver encuentro con aquellos que assi havian dapnificado la tierra; e, con la hayuda de Dios e de Sant Jayme, havie batalla con los normanos, e a su princep e a ellos todos los mato, que ninyno non tomo a su tierra, e los vaxiellos de la mar cremolos todos. (*«Crónica de los Estados Peninsulares»*. Edición de A. UBIETO, Universidad de Granada, 1955).

Los vikingos en Al-Andalus

E quando este reynaba, vinieronse por la mar a España los hereges. E la primera villa en que aportaron fue Lisbona, e ficieron mucho mal en sus muros e en su termino, e non la po dieron tomar, maguer que rompieron la torre que estaba sobre la mar y la parte del muro para tomar el agua que se la auian tirado, e non auian de donde beber otras fuentes. E por el mes de marzo, quando andaba la era de los moros en docientos e veinte e siete años, e vieron que maguer el daño que auian fecho non la podieron tomar, fueron a Cádiz, e la tomaron. E llegaron otras naues, en que andaban otros hereges, e a estos llamaban nombardos, e todos juntos cercaron a Sevilla, e tomaronla por fuerza. E desi fueron luego a cercar a Xerez. E yaciendo sobre ella, guisso el rrey de España sus gentes lo mejor que pudo, e vino sobre ellos, ca Dios le mostró el camino para los acabar, e como quier que los de España eran mas pocos que los hereges, guisaron su batalla para el campo e lidiaron con ellos sañudamente e vencieronlos, e mataron a su rrey. E nunca los de España tantos podieron auer a la mano por do quier que fugian que non los quemassen, e mando el rrey quemar los que en la lid morieron, e todas las barcas e las nabes; e tomaronles muy gran algo a marauilla. (*«Crónica del Moro Rasis»*. Edición de DIEGO CATALÁN y MARÍA SOLEDAD DE ANDRÉS. Gredos, Madrid, 1975).

Ritual funerario de los varegos o rus

LLEGUÉ cerca del río donde se enontraba el barco. Pero ya había sido puesto en seco. Habían levantado cuatro puntales en las cuatro esquinas, y alrededor estaban dispuestas grandes estatuas de madera con forma humana. Llevaron hasta allí el barco y lo colocaron entre los puntales. Los hombres iban y venían y entre ellos pronunciaban palabras que yo no comprendí. El muerto estaba aún acostado aparte, en una depresión del terreno de la cual no se le había retirado todavía. Después, tomaron un barco, lo instalaron en el barco y lo recubrieron de cojines forrados con brocado de seda griega y una almohada de la misma tela. Luego vistieron al muerto con calzones, calcetines, botas, un manto y una capa de tejido recamado en oro, con

botones del mismo metal, y un gorro de brocado de seda, guarnecido con pieles de marta. Le tendieron después en la tienda sobre el barco, le colocaron sobre mantas forradas, le apoyaron sobre los cojines y le llevaron bebidas alcohólicas, frutos y plantas aromáticas, y lo colocaron todo a su alrededor. Pusieron también ante él pan, carne y cebollas. Después fueron a buscar un perro, lo cortaron en dos y lo lanzaron sobre el barco. Pusieron luego al lado del muerto todas sus armas, le llevaron dos caballos que habían sido perseguidos durante tanto tiempo que goteaban sudor, los trocearon a golpes de espada y lanzaron su carne sobre el barco. Llevaron dos bueyes, los despiezaron igualmente y los lanzaron sobre el barco. Finalmente llevaron un gallo y una gallina, los mataron también y los arrojaron al interior de la nave.

Tras la muerte del hombre se había preguntado a sus mujeres esclavas: *¿Quién quiere morir con él?* Una entre ellas respondió: *«Yo»*.

(…) El día de los funerales los hombres visitaron a la muchacha en su tienda, la condujeron hasta un altar en forma de marco y los hombres la levantaron tres veces en brazos mientras el intérprete gritaba: *Mirad, veo aquí a mi padre y a mi madre; después, Mirad, veo ahora a todos los parientes muertos, sentados juntos. Y la tercera vez, Mirad, veo a mi Señor sentado en el reino del más allá, y ¡es tan hermoso, tan verde! Junto a él están hombres y servidores. Me llama. Dejadme ir con él.*

(…) La condujeron al barco. Ella se quitó sus dos pulseras y se las dio a la mujer a la que llamaban *Ángel de la Muerte* y que la debía matar. Se quitó también los dos anillos de sus pies y se los dio a las niñas que estaban a su lado, las hijas del *Ángel de la Muerte*. Luego la subieron al barco, pero no la dejaron pasar aún al interior de la tienda. En ese momento llegaron hombres con escudos y bastones. Le tendieron una copa llena de una bebida alcohólica. La joven la tomó, cantó y la vació.

De esta forma —dijo el intérprete— *se despide de sus amigos*. Después le entregaron otra copa. Ella la cogió y entonó un largo canto. Entonces la anciana le ordenó que se apresurase a vaciar la copa y a entrar en la tienda de su señor muerto. Pero la joven tenía miedo y se sentía indecisa. Quería entrar en la tienda, pero se limitaba a asomar la cabeza. Entonces, la anciana le cogió la cabeza y la hizo entrar a su lado en la tienda. Los hombres se apresuraron a golpear sus escudos con los bastones para que no se pudieran oír sus gritos, porque si no, las otras mujeres hubiesen tenido miedo y ninguna hubiera querido morir con su señor.

Entonces, seis hombres entraron en la tienda y tuvieron relaciones con ella sucesivamente. Después la acostaron al lado de su señor. Dos hombres la cogieron por los pies y otros dos por las manos. Y la anciana que llamaban *Ángel de la Muerte* le puso un lazo alrededor del cuello y entregó los extremos a dos hombres para que tirasen, mientras ella se le acercaba con un gran cuchillo y se lo clavaba entre las costillas. Asilo hicieron, tirando del lazo hasta que murió. Después llegó el pariente más cercano del difunto, cogió una astilla, la encendió y se dirigió hacia el barco caminando de espaldas, con la antorcha en una mano y la otra en sus nalgas, porque

estaba desnudo, hasta que la astilla ardió sobre el barco. A continuación llegaron los demás con otras astillas encendidas y las arrojaron en la pira. Pronto, todo se convirtió en fuego, primero el barco, luego la tienda, el hombre, la joven y todo lo que estaba en la nave… El barco, la madera, la joven y el muerto quedaron pronto reducidos a cenizas. En el lugar donde habían colocado al barco después de sacarlo del río, levantaron un túmulo y en el centro erigieron un poste de madera de haya sobre el que escribieron el nombre del muerto y el del rey de los Rus. Después se alejaron de allí. (*Narración de Ibm Fadlan, embajador en el Volga en nombre del califa de Bagdad el año 922*. Recogida por JEAN MERRIEN, *«La vie quotidienne des marins au Moyen Age»*. Hachette, París, 1969).

Los normandos llegan al sur de Italia. Año 1001

EL séptimo año del mandato del abab (Atenulfo) los normandos, a las órdenes de Meto, comenzaron la conquista de Apulía. Es oportuno relatar aquí de qué forma y por qué motivo los normandos llegaron a esta región, quién y de dónde era Meto y por qué se unió a ellos. Aproximadamente dieciséis años antes, unos normandos, con hábito de peregrinos, llegan a Salerno de regreso de Jerusalén. Son 40, de elevada estatura, hermosos, magníficamente adiestrados en el uso de las amas. Encuentran a Salerno asediada por los sarracenos. Con esa señal divina sus almas se inflaman. Piden caballos y armas al príncipe Guaimar, que reinaba entonces en Salerno. Caen de improviso sobre los sarracenos, capturan a muchos de ellos y obligan a los otros a huir, obteniendo así, con la ayuda de Dios, una sorprendente victoria. Todos los aclaman como triunfadores, el príncipe les honra con los regalos más suntuosos, se multiplican los ruegos y las invitaciones para que se queden. Pero los normandos aseguran que el único motivo de esta intervenciones el amor de Dios y la fe cristiana; rechazan los regalos y aseguran que no se pueden quedar. Viendo esto, el príncipe, después de recibir el consejo de los suyos, hace partir mensajeros que les acompañen a Normandía: como un segundo Narsés les hace llevar allá toronjas, almendras, nueces doradas, vestiduras imperiales y, para los caballos, enjaezamientos decorados con oro puro; haciéndoles pasar por una tierra que produce tales maravillas, no sólo les invita a quedarse, les impulsa a ello. (LEO MARSICANUS, *«Crónica del Monasterio de Monte Casino»*. Recogido por DE LA RONCIERE-DELORT-ROUCHE, *«L’Europe au Moyen Age. Documents expliqués»*. Arrnand Colin, París, 1969, vol. II).



Detalle de una funda de espada procedente de Tuna Västerljung
(Museo Nacional de Estocolmo).